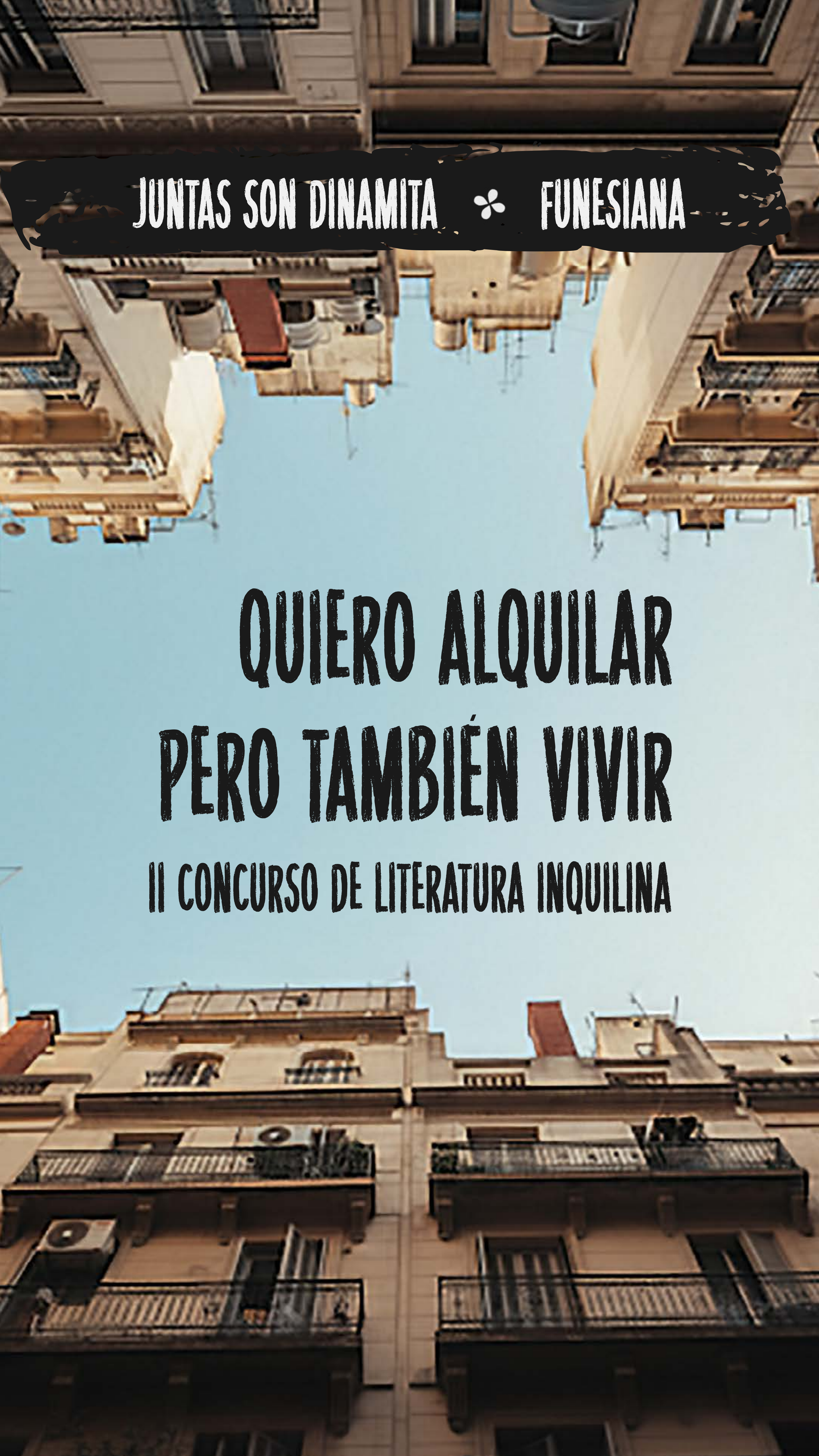




**JUNTAS SON DINAMITA**



**FUNESIANA**

**QUIERO ALQUILAR  
PERO TAMBIÉN VIVIR**  
**II CONCURSO DE LITERATURA INQUILINA**



---

*Quiero alquilar pero también vivir*  
2° concurso de literatura inquilina  
Victoria Martínez... [et al.]  
1ª edición — Villa Santa Rita, CABA  
Funesiana, 2025.

**Versión PDF**

Colección Juntas son dinamita  
ISBN VERSIÓN PAPEL 978-987-4140-18-0  
1. Derecho a la Vivienda. 2. Antología de Cuentos.  
CDD A86o

---

♥ Jurado del concurso:

- Paula Maffia
- Juan Solá
- Juan Sklar

---

Ilustraciones de Santiago Adano.

---

Libro diseñado en **INDESIGN** 19.0 x 64 por Lucas Oliveira.  
¿Te gustaría que tu libro tenga este formato?  
Sumate al canal de consultas y armamos  
un presupuesto acorde a tu proyecto:



---

*Quiero alquilar pero también vivir*  
es una consigna que podés encontrar (junto a otras  
tan vitales como emocionantes) en el colectivo  
**Casa de Balneario**. Seguilos en Instagram:



CELS



Unión de Empleados  
de la Justicia de la Nación

---

Funesiana recomienda  
ver este archivo con la  
app Read Era.

Tocá en el logo para  
descargarla:



# 2<sup>o</sup> Concurso Nacional de literatura inquilina

---

Buenos Aires,  
septiembre de 2025.

# Ganadoras

---

1<sup>o</sup>

**La montaña**

**Victoria Martínez**

2<sup>o</sup>

**Durlock**

**Sol Guirado**

3<sup>o</sup>

**Diario de una  
mudanza**

**Vanesa Solís**

---



Tocá en el lápiz  
para leer los cuentos.

## Prólogo



 Santiago Adano

## La montaña



 Victoria Martínez

## Durlock



 Sol Guirado

## Diario de una mudanza



 Vanesa Casals

## Diez años de gracia



 Marina Vitagliano

## El plan



 Ana Cadabra



# **Homo Inquilinus Eclecticus: una especie urbana en constante desplazamiento**



Natalia Appel



# **Tesis del problema estructural**



Walter Segovia



# **En el último piso estarás mejor**



Anahí Flores



# **La rueda**



Lautaro Díaz Farrell



# **Los perros**



Silvina Urrizmendi

# Prólogo

Algo que nos sorprende mucho en las charlas que tenemos para pensar y armar el futuro sindicato inquilino de argentina es la falta de percepción de unidad, de equipo, de manada, que tenemos quienes alquilamos en este país.

Desde el periodismo y desde el gobierno (desde todos los gobiernos) se instalan y amplifican discursos que nos quieren convencer de que la vivienda es



un negocio. Esta discusión es absurda, no porque lo diga yo, sino porque lo dice nuestra constitución en el artículo 14 bis. Como gesto literario, ya que este es el prólogo a una antología de literatura inquilina, voy a transcribir ese artículo textual.

Leído en este contexto político, esto es pura literatura:

Art. 14 bis. El trabajo en sus diversas formas gozará de la protección de las leyes, las que asegurarán al trabajador: condiciones dignas y equitativas de labor; jornada limitada; descanso y vacaciones pagados; retribución justa; salario mínimo vital móvil; igual remuneración por igual tarea; participación en las ganancias de las empresas, con control de la producción y colaboración en la dirección; protección contra el



despido arbitrario; estabilidad del empleado público; organización sindical libre y democrática, reconocida por la simple inscripción en un registro especial.

Queda garantizado a los gremios: concertar convenios colectivos de trabajo; recurrir a la conciliación y al arbitraje; el derecho de huelga. Los representantes gremiales gozarán de las garantías necesarias para el cumplimiento de su gestión sindical y las relacionadas con la estabilidad de su empleo.

El Estado otorgará los beneficios de la seguridad social, que tendrá carácter de integral e irrenunciable. En especial, la ley establecerá: el seguro social obligatorio, que estará a cargo de entidades nacionales o provinciales con autonomía financiera y económica, administradas por los interesados con participación del Estado, sin que pueda existir superposición de aportes; jubilaciones y



pensiones móviles; la protección integral de la familia; la defensa del bien de familia; la compensación económica familiar y el acceso a una vivienda digna.

Estamos hablando de vivienda: una necesidad básica, constitutiva, habilitante, en fin, estamos hablando de un derecho.

La crisis en nuestro sector es tremenda. Hay jubiladas que apenas llegan a costear su vivienda y que después tienen que elegir entre el arroz y el Benazepril, familias que quedan en la calle, contratos de 2 años con suerte (cuando en España duran entre 5 y 7, y en Alemania son por tiempo indefinido), en fin, el escenario con el que convivimos hace años.



A pesar de eso, muchas veces construimos el relato de nuestra odisea inquilina como si fuera una historia individual, un relato personal, privado y que en el mejor de los casos nos hará olvidarnos por dos años de los problemas. Lo leemos en la clave del héroe o una heroína en su propio arco narrativo, contra el dragón del lobby inmobiliario. En nuestra organización tenemos una idea de héroes y heroínas más parecida a la de Oesterheld.

Uno de los aportes que podemos hacer para poner de relieve ese héroe colectivo potencial que hay en nuestro sector es este libro: diez historias inquilinas que, desde esa magia de lo particular que tiene la literatura, dialogan y dejan en evidencia ese hilo común que tienen nuestras vidas y nuestros problemas, un recordatorio de que esto nos



pasa a todxs, que el enemigo es común, y que es más concreto de lo que parece: tiene nombre, apellido, empresas a su nombre, y decide una buena parte de nuestra vida. Ojalá que estos cuentos revelen esa historia común que nos encuentra y les impulse a organizarse.

**Santiago Adano**



A full-page background image of a bright blue sky with scattered white, fluffy clouds. The clouds are more concentrated on the left side of the frame, with some wispy clouds extending towards the right.

**La montaña**

# Hola, Leandro:

Te escribo porque hoy no puedo sumarme al taller. No puedo escribir hace semanas, tampoco estoy leyendo nada. Quizás te dije que en un mes firmo la renovación del contrato de alquiler y este tema me consume todo el cuerpo. ¿Sabés lo que es eso? Seguro que sí, no quiero ser condescendiente.

La realidad es que no me sale. Me paseo como si fuera la única sufriente, aplastada por el cinismo. Estos días, por ejemplo, la raíz de mi dolor no es otra que la espera al día de cobro. Que necesito cobrar, digo. Necesito cobrar para, así como viene, poder transferírselo a la dueña del departamento. Todo lo que en-



tre, que así como está, salga. Entra, sale. Estoy esperando. Alguien podría decir que lo que me hiere es la espera. Yo no creo que sea eso.

Hace semanas decidí que me encuentro completamente arrinconada y que no hay posibilidad de negociación. Decidí, sí. Y entonces, determiné que entregaría cualquier cosa que me pidan, con tal de dedicarle la menor cantidad de tiempo a consideraciones y armado de estrategias. Se parece a delegar las preocupaciones y la toma de decisiones a un tercero, al azar, o más bien a un dado con “sí, acepto” en todas las caras. Todo con tal de no escucharla hablar.

Fabiana se llama. Hace tres años, cuando la conocí, me causó gracia. Tenía uñas de porcela-



na, en mi opinión incompatibles con lo mucho que usaba el celular, era a veces desprolija, pero más frecuentemente autodenigrante. Hablaba de las hijas, de pastelería vegana y de reality shows. En las dos veces que la vi (el día que me mostró el departamento y el día que firmamos el primer contrato) me aclaró reiteradas veces que ella era martillera y no agente inmobiliaria, lo cual me resultó simpático. Sólo empleada, seguía órdenes. Trabajaba para una señora de noventa y seis años, maltratadora, cabeza dura e insubordinada. No mucho más tarde esta señora murió, naturalmente, y Fabiana se hizo cargo de los clientes que le heredó la vieja, incluida yo.



Fabiana, durante estos tres años sufrió una metamorfosis que sólo puedo asignarle a una nueva profesión. No sabría fechar el cambio, sólo sé que ahora se encuentra convertida en ultra villana. Tres años y un contrato en regla después me encuentro con el último nivel, la batalla final, otrora martillera, ahora the real jefa. Y no es una boss medio pelo, tiene todas las habilidades activadas. Maltrato disimulado, amenazas discretas, agresión sonriente. Sus frases de cabecera son: “el mercado está movido”, “el mercado está parado”, “el mercado está pensando” y “decí que no te cobramos en dólares”. También, mi preferida: “En términos legales” cada vez que tiene que explicar algo malaleche



o, directamente, ilegal. Qué asquerosa.

Te decía, entonces, que mi estrategia en esta batalla final es la de tirarme al suelo y hacerme la muertita. Y no es fácil hacerse la muertita, eh. No hay metáfora ahí. Cómo hago para escribir sobre el amor, o sobre estructuras familiares, o sobre el malentendido, o sobre todo lo que pienso es en cobrar. En darle la plata, así como entra. En hacer un agujero en la pared. En cobrar y darle la plata y todo lo que tengo lo antes posible. LA LOCATARIA y LA LOCADORA. No está mal escrito, son términos legales. El lenguaje legal no usa comas, ni tildes, ni es coherente, no, qué te pensás. Pero está firmado. Llevá tu DNI, mandá todos tus recibos de sueldo, tus re-



súmenes bancarios, que den fe de  
quien sos. ¿Quién responde por vos?  
Testigos, llevá garantes, garantías,  
más garantes. ¡Vos! ¡Vos también,  
Leandro!, ¿podrás ser mi garante?  
Vení, firmá, no te olvides tu DNI.



Hola, Leandro:

Hoy tampoco voy a poder sumarme al taller. Sigo sin escribir. Y ya que estoy, me disculpo si te grité en el mail anterior. Supongo que no te lo vas a tomar personalmente. Tampoco fue apropiado que te pida que seas mi garante, está por demás aclararlo. Quizás tu sentido del humor es más sofisticado y entonces entendiste rápidamente que no te estaba pidiendo que seas mi garante. Ahí puse cursiva en la palabra: porque no te estaba pidiendo que seas mi garante, ¿se entiende?

Te digo tanto, porque no todo el mundo se lo tomó como vos. Me pasó que el martes estaba en una reunión con los padres de un alum-



no en la rectoría del colegio. No voy a entrar en detalles, pero terminé pidiéndole a la madre si podía salirme de garante. No entendió el chiste. El chiste era que si quería que aprobara a su hijo después de meses de falta de compromiso y de un mes de viaje a Miami –“porque las fechas nos vienen bien” en época de exámenes–, que me saliera de garante entonces. Era un chiste. Quizás no lo entendió porque un poco estaba llorando yo, cuando lo dije. Tanto viaje, tanto viaje, seguro propiedad en capital tiene, me pareció, y entonces hice el chiste. Pero no todo el mundo tiene un sentido del humor como vos, Lean. ¿Y el rector? Olvidate, tampoco. Porque le dije que si se iba a poner del lado de la madre, así como así, que entonces me



saliera él de garante. Una manera de decir. Ya nadie distingue nada. ¿Sabés qué feo es eso? Seguro que sí, no quiero ser condescendiente.

Me amenazaron con un sumario, al final. Yo los amenacé con un contrato de alquiler. Nadie se rió. Yo grité un poquito. Me acordé de lo que te escribí la otra vez, de que mi estrategia era tirarme al suelo, hacerme la muertita. Así que pensé que podía hacerlo literalmente, ¿total? Me tiré al suelo, brazos desparramados. Los padres y el rector siguieron la reunión afuera y yo me quedé ahí hasta que tocó el timbre.



# Hola, Leandro:

Ya ni tengo que aclarar que no voy a sumarme al taller, ¿no? No es algo especial con vos, ni siquiera con la escritura. No vengo viendo mucha gente. Ni contestando mucho los mensajes. Incluso me está costando tener comida en la heladera. Estoy agotada de pensar en el depósito, la garantía, la locadora. Harta de pensarme locataria. Loca ella, loca yo. Y encima estoy muerta de miedo todo el tiempo. Me convertí en una cobarde, se nota, ¿no? Muertita más bien.

Fabiana está en su mejor momento. Se consiguió una especie de firma digital para sus mails, con un diseño en naranja y negro, con una



casita con ventanas y chimenea que dice Bringos Propiedades. Los mails ahora los contesta una asistente que firma con “Atentamente”, aún así comete varios errores por mail y me trata como delincuente. Será esa su manera de concederme atención. Pero la peor parte es que la villana jefa tiene una nueva habilidad: lo llamo mensaje metralleta y empezó la semana pasada. En un instante, inesperado e inanticipable, cae el mensaje metralleta de forma simultánea en diferentes frentes: mensajes de texto con emojis rojos de urgencia, un mail con asunto “IMPOSTERGABLE” así en mayúscula y, para rematar, un llamado.

¿Y yo? Una cobarde, Lean. M celular explota y yo lo miro y me para-



lizo. Ayer estaba en clase con tercer año, cuando vi que la pantalla titilaba y vibraba de urgencia. Se me fue el alma del cuerpo. Escondí el teléfono abajo del libro de temas para dejar de verlo. Qué cobarde. Y cuando sí atiendo o sí contesto, la escucho a Fabiana y es obvio que está en su mejor momento. Afilada, implacable. Si tuviera que adivinar, diría que alguien le regaló El arte de la guerra y lo lee de a pedacitos antes de irse a dormir. Sun Tzu Propiedades, ¿en qué lo puedo ayudar?



# Hola, Leandro:

Sigo sin escribir, pero volví a leer. Pasé por la librería de usados que me recomendaste y me puse a charlar con el librero. ¿Viste que a veces hay charlas buenas y a veces charlas malas con libreros? Esta era mala mala. Yo tenía un hilito de voz y no se me ocurría qué decir. Miraba los libros y leía las contratapas. Ya te dije que me paseo aplastada por mi cinismo, ¿te acordás? Bueno, ahora mi cinismo aplastaba fantasía que tuviera por delante. Poesía, misterio, aventura, toda idea se achataba frente a mis ojos. Locataria ahuecada, carcasa de persona. Me salió contarle al librero que no leía hace tiempo, que estaba por firmar un contrato de al-



quiler. ¿Sabés lo que hizo, Lean? Se giró despacio, como si estuviera actuando en una película. No me acuerdo bien de Matrix, pero creo que era algo así. O Karate Kid quizás, si te ayuda a imaginarlo. Se gira entonces y me dice algo como que estaba en el lugar indicado o que me estaba esperando desde siempre, o una frase así y empieza a salir disparado por la librería, buscando libros y revolviendo pilas, se subía al banquito, dudaba, murmuraba, los bajaba. Le dije que no tenía un mango, que no iba a poder llevarlos. Me dijo que no sea estúpida (mucho, me pareció), que no tenía que pagarlos, que era literatura inquilina y que los iba a devolver cuando ya no los necesitara más. Los fue poniendo en la mesa y, un rato después, los estaba hojean-



do en mi cama. Me dio: una edición argentina de Drácula de los setenta, super amarilla pero impecable; La maldición de Hill House, de Shirley Jackson; un fanzine ilustrado bellísimo de Casa tomada; el cancionero completo de Atahualpa Yupanqui; un libro de Bachelard sobre filosofía (ni idea); uno de Alfaguara infantil, ¡Socorro!, de Elsa Bornemann; un estudio etnográfico sobre el huasipichai, ritual andino de protección de la vivienda y, para mi sorpresa, El arte de la guerra, de Sun Tzu.

Hice lo que cualquiera haría. Me preparé un mate y empecé a buscar las respuestas que necesitaba. No te quiero aburrir con mis revelaciones, pero sí quería dejarte copiada unas frases del capítulo V del libro de Sun Tzu.



Primero, esta: Que el efecto de las fuerzas sea como el de piedras arrojadas sobre huevos, es una cuestión de lleno y vacío. No la entiendo mucho, pero no es cuestión de entenderla, es cuestión de copiarla acá en el mail.

Después, esta: El desorden llega del orden, la cobardía surge del valor, la debilidad brota de la fuerza. Si quieres fingir desorden para vencer a tus adversarios y distraerlos, primero tienes que organizar el orden, porque sólo entonces puedes crear un desorden artificial. Si quieres fingir cobardía para conocer la estrategia de los adversarios, primero tienes que ser extremadamente valiente, porque sólo entonces puedes actuar como tímido de manera artificial. Si quieres fingir



debilidad para inducir la arrogancia en tus enemigos, primero has de ser extremadamente fuerte porque sólo entonces puedes pretender ser débil.



# Hola, Leandro:

La que te escribe hoy ya es otra. Mis lecturas de la última semana han causado una impresión en mí sin parangón. No hace falta que te lo explique, lo podrás ver con tus propios ojos al término de unas breves líneas. Sé que sos la persona indicada para comprender mi transformación y digo, a riesgo de sonar condescendiente, que espero no equivocarme. Pero el riesgo es ineludible, como sabe todo guerrero.

Ya no soy el huevo. Ya no soy la piedra. Ya no soy locataria.

Atrás quedaron los días de timidez, cobardía y parálisis. En la batalla conoceremos el éxito si hay compromiso, entusiasmo y garan-



tía en capital. Llegué como el viento, me moví como el relámpago y ahora soy experta inquilina.

Ya no me dejo amedrentar, ya no lloro lavando los platos. El arte de vaciar y el arte de llenar están en guerra, y se dice que la victoria se amasa con las manos. Yo escuché esas voces y me decidí por la acción. Escribí un mail pidiendo por favor que me dejaran pagar por transferencia. Expliqué que esta hábil guerrera no se someterá al afán de los mares, ni a salir del cajero con tanto efectivo para pasearlo por toda la capital. Que esconder el sol es posible, pero esconder mil billetes en mi escote no lo es. Utilicé la calma frente a los que agitan y dominé mi corazón: si por favor me pasarían el alias, muchas gracias.



Ahora entiendo que soy otra.  
Que mi accionar demuestra fuerza,  
energía y sabiduría. Que no es  
la misma aquella que cuenta de estrategia,  
a quien erige templos de arena  
en el camino.

Soy montaña. Soy inquilina.



# Hola, Leandro:

Este jueves vuelvo al taller. No estoy bien, pero quizás la ficción me ayude. De yapa, te copio lo que me respondió Fabiana al último mail que le mandé:

A mí me robaron en una salidera del Banco Nación, me agarré a trompadas con el tipo y si hubiera sido más fuerte la costura del bolsillo de mi camisa donde puse la plata, todavía estábamos juntos porque hubiera seguido peleando. Tuve que ir a medicina legal de cómo me dejó, y supongo que él todavía tiene la marca de mis dientes en la mano. Pero si me vuelve a pasar, ahora sé pelear mejor. Yo necesito la plata en efectivo, así que tendrás que buscar



la manera. Decí que no te cobramos en dólares. Vemos más adelante qué se puede hacer, pero no te prometo nada.

*Nos vemos el jueves, Lean.*

*Un abrazo.*

*La montaña.*





## **Victoria Martínez**



Nació en 1992 en la Ciudad de Buenos Aires, donde trabaja, escribe y va al cine. Es Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires, docente en escuelas secundarias, coordina y toma talleres. Actualmente, alquila un departamento con balcón.



**Durlock**

“No me quiere, no me quiere, no me quiere. No quiere a mis hijos y no me quiere a mí”. Sentada en un banquito con patas de caño y asiento de tapizado plástico, Justa escribía con su caligrafía rústica de escolarización primaria. Se apoyaba en la mesada de granito de la cocina del departamento de tres ambientes que su cuñada les había prestado para vivir a ella, a su esposo y a sus tres hijos, de los cuales yo era la menor, la luz de sus ojos cargados de opacidad. Se limpió la cara de llanto, sopló los mocos de su nariz triangular y se recompuso. Abolló apenas el pedacito de papel y lo tiró a la basura sin mucho empeño: quedó limpio, en la superficie. Nunca supo que yo la espiaba desde el quicio de la puerta. Con cinco años ya sabía leer. *No me quiere, no me quiere, no me quiere. No quiere a*



*mi mamá, no quiere a mis hermanos y no me quiere a mí.*

Unas pocas pertenencias de los cinco habían viajado en un flete atravesando la región pampeana. Justa, mis hermanos y yo, en un Peugeot 504 conducido por su esposo, mi papá. Rudy era un hombre rudo. Una babosa que conducía con virilidad dejando un rastro de fluidos viscosos. Les pasaba fino a los autos y gritaba ¡GUAMPUDO! cuando otro conductor realizaba una maniobra que juzgaba inadecuada. Tomaba mate y Justa le daba de comer de a pedacitos en la boca. En las sintonizadoras de radio que la antena captaba de a ratos en la ruta 34, sonaba *What's Up* de *4 Non Blondes*. Éramos todos rubios y solo el hijo mayor entendía el inglés.

La cuñada de Justa, mi tía, había cumplido a medias con el mito de amor



romántico representado por las novelas de la época: una mujer pobre y linda pero puta, había migrado sola y se había casado con un empresario rico pero feo y malo. Vivía en la capital desde hacía unos años y ya ostentaba su título de propietaria logrado a costa del sacrificio ajeno: en los setenta su esposo era un torturador. Ahora derramaba a los pobres parientes brutos del interior la promesa de ascenso social, brindándoles su departamento de soltera a cambio de una simbólica suma de dinero mensual.

La casa a la que llegamos ya no sería nunca más una casa. En el pueblo de donde veníamos, la ubicación de las vías del tren señalaba la extracción de clase de cada hogar. Ahora el pueblo era un barrio *fifí* de narices nuevas y tabiques perforados, con acceso a la



más moderna línea de subterráneos de la ciudad. El departamento olía a pino y el edificio a Venus. Apenas llegados, en medio del vacío sordo, movido por el entusiasmo de la novedad, mi hermano roció por toda la habitación que compartiríamos los tres un spray que mi tía había dejado olvidado en la parte alta del placard empotrado. No olía, pero dolía en los ojos y picaba en la garganta. La ciudad representaba un peligro para una mujer. Esa fue mi primera lección urbana.

Mi mamá tenía veintinueve años cuando me parió. La tercera, la inesperada. Nueve meses antes, en un pueblo olvidado del interior, y cinco años después, en la ciudad más rica del país, votaba a Menem para presidente. Crecí escuchando a mi hermano hablarle a mi mamá refiriéndose al aciago como



“tu amigo”. Sin interpretar la ironía, me preguntaba muchas veces por qué, si mamá era amiga del presidente, en navidad comíamos fideos con manteca.

La nueva rutina se iba armando más o menos así: Justa trabajaba a tiempo completo, Rudy hacía doble jornada y cada tanto realizaba excursiones a camas ajenas. Mis hermanos me retiraban de la escuela, nos autoadministrábamos los alimentos y el tiempo, gestionábamos solos nuestras tareas. Nuestros pasatiempos favoritos pasaron a ser: tirar la cáscara de la banana por la ventana del quinto piso B para ver cómo se estrellaba contra el piso del patio de la planta baja, y escondernos de inmediato los tres para escuchar a la dueña putear; con mi hermano competíamos por quién lograba estampar un chicle *mascado*



en la pared del edificio con el que compartíamos pulmón de manzana; con mi hermananos gustaba abrirla puerta-reja del ascensor cuando pasaba entre los pisos y pedir auxilio a gritos para que la vieja del A saliera a regañadientes a rescatarnos; subíamos al último piso del edificio para bajar por la escalera, expoliando en silencio los palieres de los tesoros de los que se desprendía la clase media de Barrio Norte. Esos juegos, el *Family Game* y un televisor de tubo de diecinueve pulgadas nos ampararon de no poder andar en bicicleta o en triciclo por las calles de tierra de nuestro antiguo vecindario, visitar al vecino pedófilo con pozo de agua y pileta, pedir fiado en la panadería del fondo de la calle, o escondernos en las cunetas cuando el agua de lluvia ya había bajado. Sobreadaptarse, dejar de querer lo



que se quería, a quienes se quería, cambiar, ser autónomos, deshacernos de lo colectivo. Esos eran los mandatos tácitos que estructuraban nuestro flamante crecimiento como porteños.

En la capital, mamá empezó a decir que es habitación o cuarto y no pieza. Mamá empezó a decir *vanitory*. Aprendió a distinguir entre bife y churrasco, y se obligó a olvidar la palabra costeleta. Hizo su primera Exquisita y se le bajó. Todos reímos ante esa goma que nadie comió y terminó en la basura. Como hija menor, rehén y enamorada, por la tarde-noche yo era la encargada de acompañar a mamá a hacer las compras al supermercado Norte de la Avenida Santa Fe. Las promotoras de productos importados me daban una, dos, tres porciones de pizzas Sibarita precongeladas recién



salidas del horno, finitas y crocantes; medialunas listas para armar y hornear, humeantes y almibaradas; fideos que se cocían en su salsa con solo un poco de agua y en algunos minutos. Yo las agarraba todas y cenaba gratis. Las cajas se habían encariñado conmigo y me regalaban productos que mi mamá no me podía comprar y que estaban de oferta en la línea de cajas. Me hacían sentir elegida, privilegiada. Una vez, a la salida del súper le pregunté, ma, ¿nosotros somos de clase media? No, hija. Somos pobres. ¡No! Sí, hijita, somos pobres... ¡No! ¿Por qué? ¡No! Porque no tenemos casa propia, porque si sumamos lo que gana tu papá y lo que gano yo... ¡¡¡Nooooooooooooooooo!!! Había caído en su trampa y sentía por nosotros la mezcla de pena, desprecio y conmiseración que se tiene hacia los paisanos que llegan



en motonetas desvencijadas al centro coqueto de los pueblos a llenar el bidón de nafta. Podíamos camuflarnos, pero sabíamos que no éramos lo mismo. Eso me avergonzaba.

A mi tía le llovían reclamos de la Administración. Los tres chicos eran ilustrados como la personificación del buen salvaje rousseauniano corrompido por la cultura de la capital: buenitos pero inadaptados. Los padres gritaban mucho y los golpes que se propinaban por las noches perturbaban la tranquilidad de un edificio plagado de propietarios añosos sumidos en el silencio. Tras poco más de dos años, la cuñada dio un ultimátum: “deben desalojar la propiedad dejando en ella los implementos que le son propios: cocina y calefón a gas, bidet e inodoro, vanitory con bacha...”. Bidet. Mi tía nos pedía a su hermano, su cuñada y sus



tres sobrinos menores de edad, en formato carta documento, que no nos llevaramos el implemento cerámico que nos permitía quitarnos la mierda del culo. Dejamos todo lo que decía la misiva, incluido el sillón de dos cuerpos relleno de plumas meado insistentemente por la perra mestiza que habíamos adoptado. La familia no te salva, la familia te entierra. Esa fue mi segunda lección de la capital.

El nuevo departamento era de dos ambientes y debía alojar a cinco personas y a la perrita cordobesa que oficiaba de mi mejor amiga. A Tina Hipólita le contaba todos mis secretos. Tina, anoche papá le pegó a mamá. Tina, creo que a papá le robaron el auto que alquila mientras trabajaba. Tina, hoy en la escuela reprodujeron la crucifixión y lloré de angustia por el dolor que debe



haber sentido Jesús. Tina, hoy la seño de tecnología nos enseñó a hacer milanesas de porotos de soja. A veces le pegaba, especialmente si me robaba objetos y los mordía. Mi ira de infante, que contenía más experiencias de las que podía narrar, se desbordaba y le partía un cucharón plástico en el lomo. Amor y violencia iban de la mano.

Para dividir la habitación y que el dos ambientes fuera tres, mi mamá erigió en el centro del espacio un placard de fórmica y melamina que compró en el Easy. Durante semanas construyó arriba algo que todos llamaríamos amistosamente *durlock*, sabiendo que eran placas de telgopor compradas en la librería y recubiertas con capas de cola vinílica, servilletas y hojas de periódicos ajenos, pintadas con látex blanco. La habitación de mis padres y la



mía quedaron así comunicadas por una abertura sin marco ni puerta, que me permitía saber cuándo cogían, cuándo peleaban, cuándo mi mamá lloraba en murmullos y cuándo mi papá roncaba imperturbable. Su lado era oscuro como su relación, el mío luminoso, pero la alfombra debajo del ventanal que daba al balcón se humedecía por la lluvia y potenciaba el olor al meo de la perra. La casa se pudría.

Los catorce días de vacaciones que tenía anualmente en su trabajo como mucama de hotel, Justa pintaba toda la casa de pe a pa y se doraba al sol hasta que la piel ardiera. Que eso la animaba, que la entretenía, que de qué servía irse de vacaciones y después estar todo el año comiendo arroz. ¿Mejor comer fideos, ma? Que así lograría llorarle la carta a los dueños, para que el siguiente aumento



no fuera tan alto. Llorar la carta era la categoría nativa con la que Justa conceptualizaba su *performance* inquilina. Hacer buena letra, construir una imagen honrada, ataviarse con las pocas joyas de su desprovisto placard. Algunas prendas las sacaba de la caja de olvidos de los pasajeros del hotel. Tejidos finos, marcas extranjeras. Otras las había obtenido yo en mis saqueos semanales de los palieres del edificio, donde revisaba la basura ajena para matar el tiempo y resucitar bienes. Ser cordial, emular clase, pulir los dientes con flúor y Odex para lucir la sonrisa que encantaba a todos, resaltar con rimel los ojos verdes. ¿Así que no vas al gimnasio? ¡Qué musculosa que sos! Sos fibrosa, debés trabajar mucho para tener esos brazos. Reconocí desde chica el celo baboso que se colaba en los comentarios que los



hombres de inmobiliaria le hacían a mi mamá, conmigo a su lado con cara de ángel y mosquita muerta, y que le permitían suplicar que no le cobraran tan alto el monto del alquiler o pelear el porcentaje o el plazo de aumento. Lo hacía sola. Rudy estaba demasiado ocupado en trabajar para comprarse un auto propio como para hacer esa tarea. Si lo hacía mal, Rudy no dejaba la plata del día para la cena. Mamá multiplicaba los peces para sus hijos y comía pan y rabia. Mi herencia sería un disco de Valeria Lynch, que contenía el *hit* Muñeca Rota, y un trastorno crónico de la conducta alimentaria.

Lo cierto es que en esa casa nos rompimos todos. Mi hermana, invisible, se fue a los gritos a los dieciséis años para no volver, inaugurando en mí una sensación de orfandad que nunca cesaría



del todo. Mi hermano se escudó en la lectura y en sus estudios universitarios, los primeros de todo el linaje familiar, para desaparecer durante las horas en que hubiera luz solar y regresar a casa solo por las noches, a disfrutar la quietud taciturna. Justa lo proyectaba médico o abogado y él le devolvía materialismo marxista, filosofía y distancia. Lo sobreprotegía, lo ahogaba. Él se perdía en las calles, eyectándose como podía de esa ciudad a la que no pertenecía ni quería pertenecer. Rudy se volvió un ser completamente alienado que por las noches engullía la cena en silencio frente a una pantalla vacía sin ver ni oír, antes de caer dormido entre apneas de sueño y gruñidos estruendosos. En mí se anidaba una sensación de vacío, de incompletitud, de desarraigo, de vergüenza, de hastío, de enojo, de desolación que no



sabía cómo ni ante quién poner en palabras. La vida cotidiana comenzaba a estallar y mi oído derecho estrenaba un *tinnitus* que por las noches me recordaba a los grillos del pueblo en el que había nacido.

Una imagen regresa a mí en espiral y se me impone: mi hermano tiene dieciocho años y está sentado en el living que es también su cuarto, en la cama de una plaza de su infancia que mi mamá revistió con gomaespuma y forró con la tela reciclada de un acolchado para que pareciera un sillón. Hace pocos días nos avisaron desde la inmobiliaria que los dueños del departamento necesitan que lo desocupemos cuanto antes. Tenemos que volver a buscar. Mi hermano se enrosca en una manta azul que mi mamá trajo del hotel en el que trabaja porque



las iban a tirar. Lee *Política* de Aristóteles. Tina Hipólita duerme sobre sus piernas y sueña que roe un hueso carnosos que una mano humana y gigante le quiere sacar. Se agita, emite sonidos angustiosos y agudos, un instante muestra los colmillos. Tumbada de costado, mueve las patas al galope y se rinde; sigue durmiendo mientras se adivina el movimiento de sus ojos en las cuencas, a través de los párpados. Un helicóptero retira al presidente recién dimitido, que mi mamá también votó, de la Casa de Gobierno. Lo anuncia un programa de televisión que mi mamá mira, en mute. Mi hermano se levanta, se pone de pie y saca al balcón, una por una, las piezas de la batería que compró con su salario de hamburguesero y limpiabaños en una cadena de comidas rápidas. Toca fuerte. Mi mamá lo



mira con un jarrito de acero inoxidable en una mano y una cuchara de plástico negro en la otra, inmóvil. Rudy no está. Mi hermano quita las frazadas que rellenan el bombo y los pedazos de goma eva y paño que suavizan el sonido de los platos y el redoblante. Toca más fuerte. Se unen a él una oleada de cacerolas que cubre el cielo caluroso del barrio de Once. Yo salgo al balcón a hacerle compañía y, excitada, comienzo a cantar.





## Sol Guirado



Nació en Ceres, Santa Fe (1990). Desde los cinco años vive en Buenos Aires. Es antropóloga por la Universidad de Buenos Aires, docente e investigadora. Escribe diarios desde la adolescencia y acaba de concretar su mudanza número diez. *Durlock* es su primer relato autobiográfico.

# Diario de una mudanza

*Un diario se escribe  
para decir que  
no se puede escribir.*

Ricardo Piglia



*29 de septiembre.*

Decisión tomada. Voy a mudarme y lo voy a escribir para poder soportarlo.

*30 de septiembre.*

“No podemos hacer nada nosotros y la administración de un edificio no puede meterse con el edificio de al lado”, fue lo último que me dijeron en la inmobiliaria. Y al parecer, el señor o la señora o la familia o la organización narco que corre muebles y golpea cosas contra las paredes a las dos o tres de la madrugada, son del edificio de al lado.

Dos mudanzas en un año van a terminar con mi salud mental. Acabo de



avisarles que voy a rescindir el contrato. “Por los ruidos y por la humedad, pero sobre todo por los ruidos”, le dije a la empleada.

*1° de octubre.*

Pintar, dar de alta la luz, dar de baja de la luz, sacar el aire, poner el aire. Muchas cosas. Me hundo. Camino y me entierro. No voy a pintar yo. Aprendí del último alquiler, que después de haber entregado las llaves me llamaron para decirme: “No quedó como debería haber quedado”. Yo les dije que estaba mucho mejor de como me lo dieron a mí en su momento. Pero igual tuve que volver a pagar.



*2 de octubre.*

Fui a conocer la zona del departamento que voy a ir a ver pasado mañana. Ahora busco otros departamentos mientras escribo. El algoritmo insiste en venderme y yo necesito alquilar.

Solo me hace bien nadar y leer.

*3 de octubre.*

Pienso que es la mejor decisión que pude haber tomado. Me estallan los oídos.



*4 de octubre.*

Miro los adornos, las macetas, los cubiertos adentro el cajón... como si ya nada estuviese ahí. No quiero limpiar la mugre que se va acumulando en la cocina. No le veo el sentido. Dejo que mi casa se vaya cayendo, derrumbando.

*5 de octubre. Mañana.*

Acabo de lavar ropa. ¿Cuántas veces más va a secarse mi ropa en este balcón? ¿Cuántas veces más voy a verla bambolearse sobre el fondo de pared bordó del edificio de enfrente? Cuento los días para irme.



*Tarde.*

Se calmaron los ruidos. Logré sobrevivir. Tengo miedo de que vuelvan y de no poder soportarlo una vez más. Son una tortura.

*6 de octubre.*

Leo los diarios de Kafka en el colectivo: “A pesar de todo, escribiré, pase lo que pase es mi lucha por la supervivencia”. No quiero llegar a casa.



*7 de octubre.*

Hoy nadé. Debajo del agua no se escucha nada. Pensé en comprar un fuentón grande para llenarlo de agua y sumergir la cabeza cuando vengan los ruidos.

*8 de octubre.*

Mañana voy a dormir en el colectivo. Llevo tres semanas despertándome cada rato todas las noches. Con miedo. Primero pienso que son fantasmas, después me digo que no, que fueron mis gatos e intento tranquilizarme. Sin embargo, nada de eso, es el vecino.



*9 de octubre.*

Pude dormir las cuatro horas y pico que duró el viaje. Me despertaba y afuera estaba el campo. Abría los ojos y decía: “Quiero vivir ahí”. Pero yo estaba en un colectivo, viajando, y vivía en la ciudad.

La obra de teatro estuvo muy linda. No hay cosa de Manuel Puig que a mí no me guste.

Ahora estamos regresando, veo las luces de la ciudad todavía lejanas. El vidrio está empañado, le paso la mano y queda mojado. Las luces amarillas y blancas se ponen cada vez menos nítidas, pero toman ahora una forma perfecta. Cada luz comienza en un centro y se va expandiendo. Un brillo. Muchos brillos. Es hermoso.



*11 de octubre. Mañana.*

Busco y busco y nada me convence. No sé adónde voy a vivir en unas semanas. No sé hasta cuándo me esperarán en esta inmobiliaria, ni cuánto es exactamente lo que voy a tener que pagar por rescindir, ni si voy a poder pagarlo. Necesito alguna certeza.

*Tarde.*

Me avisan que un departamento de los que fui a ver, ya se alquiló. De algún modo me alivia, porque no terminaba de convencerme, pero en la desesperación podría haberlo elegido igual. La angustia de no encontrar nada. Me resuenan



las palabras del empleado de la inmobiliaria: “todo no se puede, algo vas a tener que resignar”. ¿Qué hago yo escuchando los consejos de esta gente?

*12 de octubre.*

Hoy estoy tranquila. No hay ruidos. Pienso si no estaré loca en tomar una decisión tan drástica.

*13 de octubre.*

Salí a andar en bicicleta. Cuando volví pasé por dos de los departamentos que estoy mirando por internet. Quedan a



dos cuadras de distancia uno del otro. No me gusta la zona. De cualquier modo, no me contestan las consultas que hice sobre ninguno de los dos.

*14 de octubre.*

Escribe Kafka en sus diarios: “Estar sentado en un tren, olvidarlo, vivir como en casa, acordarse de pronto, sentir la fuerza impulsora del tren, convertirse en viajero, sacar la gorra de la maleta, enfrentarse a los compañeros de viaje de una forma más libre, cordial, insistente, ser llevado al punto de destino sin mérito propio, sentir eso a la manera de un niño, convertirse en un favorito de las mujeres, estar sometido a la constante atracción de la ventanilla, siempre pa-



sar al menos una mano extendida en el borde de la ventanilla”. Perfecto. Nadie puede decirlo mejor.

*15 de octubre.*

Pienso que todo va a estar bien. Una ola de optimismo. Aunque todavía no consiga donde vivir. Todo va a salir bien. Mis gatos se acostumbrarán rápido, les gustará el lugar.

*16 de octubre. Mediodía.*

Cuando siento que no puedo tragar ninguna comida (como ahora) me hago un



plato de arroz con queso y aceite. Comida blanca, signo de pureza.

## *Tarde.*

Me duele la garganta. Hasta recién busqué desesperadamente otras opciones. Los golpes y los ruidos perforan mi cabeza. Intenté llorar, pero no pude. Me apuré a mí misma: “¡Tenés que hacer algo ya, urgente!” Y elegí. Sí, voy a alquilar el departamento que fui a ver la semana pasada. Me había gustado mucho. Mi duda es el precio. Pero bueno, son pocos los que alquilan y saben con certeza que van a poder pagar.



*17 de octubre.*

Día de la lealtad. Los descamisados. El discurso desde el balcón. Las patas en la fuente. “¿Alpargatas sí, libros no?” o “¿alpargatas sí, libros también?”.

Anoche vi *Atrapado sin salida*. Jack Nicholson dice en una escena: “Debo estar loco para estar en este lugar.” Y está en un hospital psiquiátrico. Yo debo estar loca también, pero se supone que esto es una casa.

*19 de octubre.*

Tengo miedo de estar cometiendo una locura. El edificio está tranquilo hoy. Pero tengo que pensar que necesito vi-



vir todos los días, no solamente los fines de semana, eso tengo que pensar. Me tranquilizo.

*20 de octubre.*

Corren muebles y golpean el techo todo el día. Es realmente enloquecedor. Quiero llorar por cada minuto que me queda acá. Quisiera gritar también, pero me duele la garganta. No tengo hambre. Me siento acabada.



*21 de octubre. Mañana.*

Las garantías están en la nueva inmobiliaria. Les pedí, por favor, si podían hacer rápido las averiguaciones, ya que tengo que dejar este lugar lo antes posible (quisiera dejarlo ya mismo). Me pidieron una garantía propietaria sí o sí y tres recibos de sueldo, además del mío.

*Tarde.*

Con dolor de garganta y un orzuelo en el ojo, me voy a nadar igual. No sé cómo llego a la mudanza. Se me acaban las fuerzas.



*22 de octubre.*

Volver a casa. El miedo a los ruidos. Nunca pensé estar viviendo algo así. Voy a escribirle al chico del aire, para que lo venga a sacar lo antes que posible. Quiero sentir que me estoy yendo.

Leí en un cuento de Kafka: “Vine al mundo con una hermosa herida. Es lo único que poseo.”

*24 de octubre.*

Me pidieron un recibo de sueldo más. Me siento desnuda, ultrajada, vulnerable de todas las formas posibles ante el poder, la ley, las inmobiliarias.



Todo se demora. No puedo creer que me sigan pidiendo cosas. En total, estoy entregando cuatro recibos de sueldo y una propiedad en garantías, más mi recibo. Para alquilar un departamentito de porquería.

*25 de octubre.*

Toda la tarde en la cama. El ojo todavía hinchado y el resfrío sigue.

La alegría de que Kafka haya nacido en este mundo. Escribe en sus diarios: “Él se había conformado con una cárcel. Llegar al final estando preso: eso sí sería una meta de su vida. Pero era una jaula de barrotes. Indiferente, imperativo, como si estuviera en su propia casa, el ruido del mundo entraba y



salía a oleadas por entre los barrotes, el preso en realidad estaba libre, podía participar en todo, no se le escapaba nada de lo de fuera, incluso habría podido abandonar la jaula, los barrotes estaban a muchos metros unos de otros, él ni siquiera estaba preso.”

*26 de octubre.*

Empecé a leer *Formas de volver a casa*, de Alejandro Zambra. Un fragmento: “Pero nuestros padres nunca tienen cara realmente. Nunca aprendemos a mirarlos bien.” Me parece hermoso. Creo que es un gran tema los rostros de los padres. Tan concretos y tan difusos al mismo tiempo.



*29 de octubre. Tarde.*

Ayer entregué la seña del departamento. Eso me alivió un poco. Inmediatamente empecé a pensar en todo lo que me faltaba hacer.

Mis gatos son lo más lindo que tengo. Adoro sus extraños modos de ser y de estar. La más chiquita es la más mimosa. Estira sus patitas peludas hasta tocar mi cara y de esa forma me acaricia.

*Noche.*

No puedo vivir sin literatura. Todo en el mundo tiene sentido, porque algunos locos se pusieron a escribir. Los locos



son los que mejor escriben, los raros, los que se excluyen del mundo y se ponen a hablar del mundo porque ya lo vieron todo. Y lo escriben, lo ponen ahí, lo que no se puede poner en otro lado.

Leí en Zambra y me dejó pensando: “La novela es la novela de los padres”.

Hablo más de literatura que de la mudanza, porque es la forma que encuentro para poder sobrellevarla.

*31 de octubre.*

Hoy conocí la casa de L. Quiero vivir en una casa así. Pero no sé cómo.

Armé un listado con todo lo que tengo que hacer. También junté cajas. Mientras venía caminando vi dos cajas en la



calle y me las traje. Las guardé en el ropero.

*1° de noviembre.*

Sigo leyendo *Formas de volver a casa*. En un momento aparece la hermana del narrador escritor y le pregunta si ella está incluida en su novela. El narrador le dice que no. La hermana le pregunta por qué. Él le dice que es para protegerla. Cuando ella le pregunta si él estaba incluido en su novela, éste le responde: “Sí. Más o menos. Pero el libro es mío. No podría no salir. Aunque me atribuyera otros rasgos y una vida muy distinta a la mía, igual estaría yo en el libro. Yo ya tomé la decisión de no protegerme”. Hermoso.



*3 de noviembre.*

Mañana vienen a revisar el departamento. Tengo miedo de que me hagan pagar cosas que no me corresponde. Voy a revisar el contrato.

Estoy muy cansada. Trato de dormir lo que más puedo ahora, para compensar los días que se vienen. Una suerte mía es que tengo gatos y que me hacen todo más amable.

Mamá me dijo que en el lugar nuevo también iba a tener vecinos. Ese es el modo extraño que tiene mamá de acompañar. Siempre fue así, ya no pretendo que cambie.



*4 de noviembre.*

Vinieron de la inmobiliaria. Inspeccionaron exhaustivamente el departamento. Revisaron cada mínima cosa. Dos tipos. Abrieron hasta mi cajón de las bombachas porque “tenían que ver que anduviese todo lo que sea corredizo”. Se metieron en mi baño, en mi cocina, en mi habitación y hasta en mi biblioteca. “Muy buenos libros”, me dijo uno de ellos. “Todos de literatura”, le dije. Por las dudas, porque tenía pinta de no tener ni idea. Les tuve que explicar que me iba por los ruidos, les di el ejemplo de anoche, que tuve que dejar de leer porque los golpes en el techo no me dejaban. “Esto es una cárcel y nadie puede hacer nada”, les dije.



Una hora y media después, se fueron. Ahí me puse a completar planillas que me pidieron de la inmobiliaria nueva, me preguntan hasta el grupo sanguíneo de cada uno de los garantes. Dos horas completando las planillas. Recién termino. Agotador.

*5 de noviembre.*

Hoy me dieron el resumen que tengo que pagar antes de irme de acá, es mucha plata. Por suerte, tengo los ahorros de cuando trabajaba más horas.



*6 de noviembre.*

Saco del bolsillo de mi pantalón un papelito celeste que dice: “El mundo es como mamá: nunca nada le alcanza.” Lo escribí yo esta mañana, en el trabajo.

*7 de noviembre.*

Todo el día discutiendo con las inmobiliarias. Si no era con una era con la otra. Ya embolsé algunas ropas. Se me había perdido el paraguas y ya que tenía que buscarlo aproveché para meter cosas en bolsas: ropa de invierno, sábanas, toallas. El paraguas lo encontré, pero adentro del cajón de los zapatos.



*8 de noviembre.*

Hoy tuve taller y leímos mi cuento. Es muy malo, tengo que rehacerlo todo. No sé escribir cuentos. No creo que alguna vez vaya a aprender.

*9 de noviembre.*

No me dan ganas de limpiar. Pronto no estaré acá. Pienso en la casa nueva y en los posibles problemas. Espero que las cosas del agua anden todas bien, que no haya olor a podrido ni filtraciones en el techo. No miré nada de todo esto cuando fui a verlo, en esas situaciones me pongo tímida o me apuran los empleados o no sé qué es lo que me pasa.



*11 de noviembre. Tarde.*

Estuve todo el día esperando novedades sobre las garantías. Necesito que me llamen. Que me digan que ya está el contrato listo. Ir a firmar y vivir en otro lado. Estoy agotada y pienso en todo lo que me queda por hacer.

*Noche.*

Llevo una vida miserable. Por las noches no puedo dormir. De día no sé qué soy. Me acuesto a llorar. No tengo casa en donde refugiarme. Quiero dormir y no despertar más. Y que me abrace el agua.



*12 de noviembre.*

Fui personalmente a la inmobiliaria, me dijeron que está demorada la aprobación de la garantía propietaria y que depende del Registro de la Propiedad, no de ellos. Hace veinte días que espero. Pregunté si podía hacer algo desde mi lugar para agilizar el trámite. “Esperar”, me dijeron. No hay manera de arrancar bien con esta gente. Fui a Defensa de Inquilino.

Los ruidos me siguen torturando. Me crucé con el vecino de arriba que también los escucha y le conté que me iba.



*13 de noviembre.*

Lo único que tiene sentido para mí es la literatura. Nada más. Solo puedo hablar de libros y de películas. Aunque a los libros los lea mal y a las películas las vea de a pedazos. Lo que pasa es que mi motor es la desesperación.

Oscar Wilde escribe en *De profundis*: “Cuando salga de la cárcel (...), si no puedo escribir libros hermosos, podré al menos leer libros hermosos, y ¿cabe alegría mayor?”.

*14 de noviembre.*

Volví a la inmobiliaria, me atendió de muy mala gana una empleada, después



vino la encargada, me dijo: “¿Qué pasa?, yo soy la encargada”. “Pasa que hace veinte días que espero la aprobación de las garantías para poder alquilar y ustedes me dijeron que el plazo máximo era quince, necesito mudarme porque no tengo más tiempo en el departamento que estoy”. Me preguntó enojada por qué había ido a Defensa del Inquilino.

*15 de noviembre.*

Pedí permiso en el trabajo y esta mañana tempranito fui al Registro de la Propiedad, de ahí me mandaron a la Cámara de no sé qué. Finalmente, y gracias a mi trámite, a media mañana me avisaron de la inmobiliaria que ya estaban okey las garantías. Ya avisé a



los garantes que pueden ir a firmar. Les dije con mucha incomodidad que si podría ser lo antes posible, que yo había dicho que me iba de acá a mediados de mes y ahora tengo que extenderlo (y pagar más). ¿Por qué las cosas no son más simples?

*18 de noviembre.*

Fui a pagar los gastos de ingreso y a buscar las llaves. “Con débito”, le dije. “Solo efectivo”, me dijo. “Pero no me aclaraste eso”, le dije. “Vos no me lo preguntaste”, me respondió. Hay que ser mala persona para responder así. Le dije varios insultos sin decirlos y salí a buscar la plata en efectivo. Todavía no empezó a



regir el contrato y ya no quiero verles ni las caras.

*21 de noviembre.*

Mañana me mudo. Hoy tempranito hice el trámite de alta de la luz. Por suerte, en mi trabajo me dan permiso para entrar tarde. Recién vengo de limpiar el departamento. Parecía una casa abandonada. Me pidieron mil requisitos y me lo entregaron todo sucio. Quedó bastante bien, aunque me va a llevar tiempo dejarlo como a mí me gusta.



*25 de noviembre.*

Por fin entregué las otras llaves. Una (gran) cosa menos.

*28 de noviembre.*

Acabo de hacer el descargo. No sale agua caliente de la canilla de la cocina. La bacha y las rejillas del baño están destrozadas. El lavarropas no entró donde tenía que entrar. El resto, más o menos bien. Mis gatos se ven felices en el patiecito. No leí el contrato. No pienso hacerlo a menos de que pase algo y lo requiera. Son cinco o seis páginas de terror y yo no soy ninguna criminal. No



sé lo que firmé. Tampoco tenía otra opción.

Escucho una vez más el tango que dice: “*Uno está tan solo en su dolor, uno está tan ciego en su penar*”.





## **Vanesa Casals**



*Nací en medio la hiperinflación de fines de los ochenta junto con mi hermano mellizo en un barrio de Rosario muy alejado del centro. Estudié varias cosas y no terminé nada excepto una que me avergüenza mucho y no se lo cuento a nadie. Cuando me fui de la casa de mis viejos (ya muy grande) empecé a leer literatura y no paré. En la pandemia conocí a Manuel Puig y me enamoré perdidamente. También adoro a Truman Capote, Franz Kafka, Hebe Uhart y Reinaldo Arenas. No puedo vivir sin libros, sin gatos y sin nadar.*

**Diez años de gracia**

—Sostené del otro lado. Yo tiro desde acá, pero tengo miedo de que se caiga —le dice Lidia a su hija. No le importa que quede un agujero en la pared, que lo arregle la dueña, piensa.

Vivían en esa casa desde hacía veintitrés años. Al principio, cuando llegaron, eran cinco: matrimonio y tres hijos. Después, la pareja se separó con divorcio incluido. El exmarido de Lidia estuvo de acuerdo en hacerse cargo del pago del alquiler de la casa; todavía se sentía culpable por la hipoteca de la vivienda anterior y por no conseguir los medios para pagarla. El sueldo íntegro lo dejaba en el Bingo. Para cuando Lidia se enteró, no hubo manera de solucionar la deuda que lo tenía atado a los prestamistas. El exmarido tenía sus cositas, que con el tiempo fueron transformándose en cosas, pero que al final de la relación eran



cosotas tan grandes que un día Lidia no aguantó más y las sacó a la vereda con él incluido.

Lidia consiguió cajas de todos los tamaños, chicas para los focos, grandes para los electrodomésticos y medianas para todo lo de bazar. Compró cinco paquetes de bolsas de consorcio, para llevarse las cosas que no se rompieran. Eran tantos los años desde la última vez, que no se acordaba de lo que era una mudanza.

—¿Sacaste las lamparitas? Ponelas en la caja. Fijate también si encontrás el destornillador para sacar los picaportes —le dice subiendo el volumen de la voz, como acostumbra hacer, para que el sonido llegue hasta la otra habitación en donde su hija lucha para aflojar el barral de las cortinas.



—No, las cortinas no las saques, déjalas así. ¿Encontraste el destornillador? —le pregunta—. Lo había dejado arriba de la mesada. Detesto perder tiempo en buscar las cosas —dice, mientras camina apurada por la casa mirando acá y allá, pero sin encontrar el destornillador.

La situación se puso peor cuando al exmarido de Lidia lo echaron de la empresa. En ese momento, el tema del alquiler de la casa se volvió un imposible. Lidia tuvo que buscar cómo pagarlo. Un trabajo en serio era difícil, un poco por la edad que tenía, otro poco porque nunca había trabajado y un poco más porque decrecían varias cosas a la vez: el trabajo, la esperanza y la alegría.

—Ayúdame con esta puerta. ¿Las otras ya las sacaste? ¿A qué hora dijo tu novio que traía la camioneta? Seguro



que en la caja entran las cinco puertas. Lo que no sé es cómo vamos a sacar la grifería. Seguro se puede. Si fuéramos plomeras sabríamos cómo —se ríe Lidia.

Su hija, la mayor de las mujeres, había conocido a este chico hacía dos meses; él trabajaba de fletero, así que vino como un regalo del cielo, para no decir, como anillo al dedo.

Su hijo, el mayor de los tres, hacía cuatro años que vivía con el padre. Ellos no buscaron alquiler, sino que le pidieron asilo a la abuela. Una madre pocas veces dice no, así que se acomodaron como pudieron en la casa que mes a mes se deterioraba. La abuela murió después de convivir cinco meses con su hijo, el menor, y su nieto, el mayor; ese fue el hito a partir del cual el proceso de deterioro hogareño se aceleró; ninguno de los dos, ni el padre ni el hijo,



se encargaban del mantenimiento mínimo que necesita una casa. Los tíos, hermanos del padre, no la reclamaron, pero por las dudas de que algún descendiente tuviera la idea de poner la casa en el centro de una disputa, estuvieron de acuerdo en no gastar un peso ahí. Era como un enojo contenido, la bronca de que, en lo legal, *esa* no fuera su casa, sino de los cuatro hermanos.

Lidia pensó que sería mejor que trabajaran sus dos hijas, porque para algo habían estudiado ¿no?, les decía siempre; y así fue durante un tiempo hasta que una de las hijas, la más chica de edad, decidió vivir su vida aparte, en un departamento en donde le cobraban un alquiler carísimo. Era en el centro de Quilmes, con balcón a la calle Moreno, garaje y salón de usos múltiples. Ahora trabajaba el doble y durante todo el día.



Ese fue el precio para conseguir un espacio para ella sola.

Otra vez Lidia atravesaba el problema del alquiler de la casa. Quizás tuviera que mudarse a un lugar más chico y no tan céntrico. Pensaba en eso cada vez que se le producía un recreo en la mente, era como la visita a un patio ocupado por preocupaciones hasta que tocaba la campana del recreo y se daba cuenta de que estaba divagando. En uno de esos recreos mentales, se dio cuenta de que ese mes no había pasado el dueño de la casa. Era raro, en trece años nunca había faltado a cobrarle el alquiler.

—Pasame la maza y el cortafierros, así es más fácil. La melamina es blanda, pero igual me duelen las piernas de tantas patadas. Las puertas de las alacenas ya las saqué. ¿Cargaron todo? Andá rompiendo los vidrios de las ventanas



por favor, las cortinas correas, pero no las saques; yo ya termino con esto y voy —le dice a su hija más grande.

Fue un tiempo después que, por medio de una vecina, se enteró de que el dueño había fallecido. El hombre no tenía hijos, ni esposa ni nadie que Lidia conociera; no había inmobiliaria de por medio, así que mejor imposible. Pensó que, por fin, el arma de la vida había disparado un tiro para el lado de la justicia.

Su mente hizo un repaso veloz de los distintos momentos de su vida, se acordó de las idas y vueltas con su exmarido, de la angustia que sintió cuando perdieron la casa que creyó que sería propia para toda la vida; se acordó de sus hijos ya criados que podían arreglarse solos, y, sobre todo, lo que más la angustiaba era haber soplado sesenta velitas en su



último cumpleaños. Siempre se amargaba con el cambio de década.

Vivieron veintitrés años en esa casa, diez de los cuales no pagaron el alquiler, como si fuera el regalo de vaya a saber quién, hasta que un día escucharon el timbre. Hacía mucho tiempo que ese aparatito estaba olvidado ahí, atrás de la reja. Lamentablemente el dueño, difunto, tenía una sobrina a la que ni Lidia ni nadie en el barrio conocían.

La mujer se presentó y les dijo que en un mes debían dejar la casa, que ya bastante regalo fue vivir ahí gratis; que ella no le iba a cobrar la deuda, pero que lo único que quería era que se fueran de su casa. *Su casa*. Lidia pensaba en la facilidad con la que la gente, sin hacer ningún esfuerzo, se siente dueña y por lo tanto, poseedora de una propiedad que ni siquiera conoce. Esos pisos no fueron



jamás caminados por esta mujer, que ahora los reclamaba, las canillas no habían sido giradas por su mano ni conocían el olor de los productos de limpieza que ella prefiere; y, por supuesto, no conoce la fórmula física que se pone en juego en este hogar: *el peso de las ventanas es igual a la fuerza, más el impulso que se necesitan para abrirlas*. En definitiva, esta mujer que ahora reclamaba y que las dejaba en la calle, no sabía nada de la casa.

Habían sacado todo y destrozado lo que pudieron, a excepción de las cortinas que seguían colgadas como siempre, pero ahora moviéndose al ritmo del viento a falta de vidrios.

Lidia buscó el aceite, el mismo que usaba para cocinar; embebió las cortinas con él, no era esa la idea inicial, pero era lo que había a mano.



—Yo creo que prende igual, eh—le dice a su hija mientras miran al fuego avanzar con timidez por la tela. —Es que la nafta está carísima.





## **Marina Vitagliano**



*Nací el 4 de noviembre de 1979 en el barrio Santa Rosa de Temperley. Estudié Música en Bellas Artes de Quilmes. Trabajo en escuelas públicas desde el 2004.*



# El plan

Me pasaron la nota de aumento por debajo de la puerta y ese fue el detonante, el último empujón que necesitaba para poner en marcha el plan, esas ideas que hubieran podido ser consideradas delirio o disparate, si no fuera porque sabía que andábamos todes en la misma desesperación con el tema del alquiler.

Habían estado llamando y no quise atender. Me ponen mal esos llamados. La inmobiliaria nunca da buenas noticias. A los que alquilamos al menos. Sabía que este mes tenía previsto aumento, pero todavía había que esperar el resultado de aplicación del índice ese que nunca entiendo cómo funciona y siempre me cagan. Al final, siempre es mayor a cualquier aumento de sueldo que puedan darme. Desde hace un tiempo siempre salgo perdiendo. Siempre siempre, todo siempre menos



algunas cosas que nunca. Aunque en la tele algunos sindicatos hablan de la recomposición salarial y ganarle a la inflación, la plata no alcanza. Yo voy cuando puedo a las marchas, pero después de unos días todo se desinfla. Sigo yendo cada vez que puedo, tiran gases y quema la garganta, pero si no voy también me asfixio. En algún momento las cosas tienen que cambiar, aunque no tengo la más puta idea de cómo ni por dónde. Excepto por este plan para resolver el tema del alquiler.

Con la nota casi me caigo de culo. Se zarpan. De nuevo la misma historia: calculaba mentalmente un aumento y siempre era más. Esta vez bastante más. Con todo lo otro, sumado a los aumentos de todos los días, la comida, la luz, el gas, la medicación, los viajes, internet y el teléfono, no hay forma de pagar tanto gasto



y ahí aparecen las deudas que no hacen más que complicarlo todo. Te endeudás y es cada vez peor.

Cada aumento es como un sopapo. No soy una persona libre negociando nada con nadie. Soy una pobre piba desposeída. Vuelvo a estar sometida, desvalida, impotente, desprotegida. Cada vez tengo que ponerme en pie y recordarme que una puede que haya salido de situaciones más difíciles y que esto es parte de la autonomía, y la madurez, y la responsabilidad, y todas esas cosas que hay que decirse para que no nos trague el pantano ese que siempre acecha, las arenas movedizas que inmovilizan, el fango oscuro que todo lo anega, tapa y ciega, y hunde, y no hay fondo, y todo es caída, y todo se desmorona, y no hay ni luz, ni final, ni camino.



Así se siente. Un sopapo y que te calles. Andreíta del Boca y a llorar a la iglesia ¿No querías ser independiente? ¿No podías solita? No puedo ser tan pelotuda. Por algo armé un plan. Por algo estoy craneando hace meses la forma de dar vuelta la tortilla para ganarle a estos hijos de puta.

El alquiler prácticamente se duplicó en seis meses. Una mierda. Eso debería estar prohibido. Deberían multar a esta gente, mandarles citaciones, avisos, advertencias, notificaciones, que un juez, una jueza les digan que qué pretenden, que en qué país viven, que si están chiflados o si son una caterva de ladrones estafadores, que si los vuelven a pescar en algo así les sacan el título de propiedad y lo entregan a la caridad para equilibrar los tantos y la balanza, hallar un punto medio, que



para qué otra cosa cobran los jueces y las juezas si no es por la digna e irrenunciable causa de la justicia y la equidad y para unir y hacer valer para los desvalidos del mundo todos los derechos desperdigados y maltrechos, universalmente reconocidos y constitucionalmente convalidados.

Necesito papel y una calculadora. La primera cuenta es la cantidad de metros cuadrados del departamento. Y un estimativo de cuánto necesitaría una persona para poder moverse un poco y acomodar algunos trastos mínimos. Acostarse es una dificultad, el espacio que una persona requiere en posición vertical varía en posición horizontal. Vamos a tener que organizar turnos, igual que con el uso del baño. Para cuestiones imprevistas o de control relativo, como las vinculadas al control de esfínteres, podemos usar las



fracciones, tres minutos y cuarto, medio minuto. Cualquiera tiene que poder acceder al baño sin horario preestablecido, siempre que no exceda los siete minutos, de acuerdo a mis cálculos. Veremos sobre la marcha, pero parece razonable, tiempo suficiente. Ya tengo los metros cuadrados, ahora la hora de la verdad, la división del monto del alquiler por la cantidad máxima de inquilinos. Sorbo el mate y si llegamos al tope de doscientos cincuenta cada persona estaría pagando dos mil doscientos pesos. Está bien. Es casi lo que cuesta un alfajor y apenas un poco menos de lo que cobro por hora como niñera. ¡Mirame haciendo cuentas!, si me viera la señorita Elizabeth, con lo que me costaban las matemáticas en la escuela, y ahora acá estoy meta operación, subiendo y bajando números, poniendo flechas y



siguiendo el recorrido lógico para obtener el resultado que me permita vivir.

Ahora que están los cálculos, toca la grilla. Tres días para terminarla, tres días para ajustar los horarios, días, noches, fines de semana, rotaciones, turnos y eventos especiales. Tres días, pero en el medio me tocó cuidar a Camila y Fran. Son un sol, pero no me dejan ni respirar. Las definiciones de la grilla son arbitrarias. Pero es lo que está a mi alcance, ya tendremos tiempo de hacer mejoras. Por último, las condiciones del contrato que firmé: vivienda unifamiliar, sin mascotas, uso particular, no permitido el uso profesional o comercial. Podemos ajustarnos a esos términos, son categorías cuyos márgenes pueden expandirse, desarmarse. Hacer que no dejen a nadie afuera. Un rato en el balcón para sellar el pacto con una



bocanada de aire del universo infinito y la luna. Al malvón se le secaron algunas hojas y crujen cuando las saco. Si cuelgo la maceta puedo ganar algo más de espacio.

Proyecto reparto de vivienda. Ya tengo todo. Ahora hay que correr la voz y empezar a anotar, supongo.

La lista se completó pronto, nomás correr la voz. Hubo alguna desconfianza, consultas de todo tipo y muy pocas objeciones. A todos nos urgía el techo. Me divertí mucho esos días, estaba agotada, pero al final la comunidad inquilinante resultó variopinta y entusiasta y varios de los nuevos vecinos se sumaron a anotar para cerrar lo antes posible el asunto. Eso nos resultaba algo ambiguo. Queríamos terminar pero también nos preocupaban las personas que quedarían afuera. Empecé a hablar en



plural con frecuencia. Pasé de ser la niñera ermitaña antisocial del 2º B, a charlar las cosas de lo cotidiano con un promedio de cincuenta personas.

Grillo el delegado, Pato enfermere, Corina puta, nada de trabajador sexual dijo. Mateo kiosquero, Jana delivery, Beto ex combatiente, El Gordo remise-ro, Reina colorista, Olegaria call center, y así hasta completar los doscientos setenta y cuatro. Con rizos, calvos, pelirrojos, castaños, morochas, gringas, de esbelta silueta y anchas caderas, tobillos anchos, patizambos, de rodillas robustas. Con tacos, zapatillas, ojotas con medias, alpargatas. Gente de andar en camiseta de Racing, de Ferro, de Chacarita, de Quilmes, de Sacachispas, de Newell's all Boys, de River y de Boca. Personas partidistas y apartidarias, religiosas, ateas devotas. Gente de fe,



sabedora de los milagros que ocurren sin que nadie los llame. Resulta difícil evocar a los más de doscientos vecines. Ahora veo que les recuerdo por detalles. La del lunar en la mejilla, que enciende un cigarrillo ni bien pisa la vereda; la chica que trenza el pelo de su hija para ir a la escuela; Eugenia, que anda siempre en su nostalgia; Cora, que todos los días tiene algo para contar; Pilar, que negocia los minutos de baño; Río ensaya sus coreos con taco aguja en la vereda; Elvio guarda el cepillo de dientes en una bolsita de toalla con gatitos; Ramiro tuesta galletas de arroz; Carla se pasea con la cámara de fotos al cuello todo el día; la chica de los sombreros, perfeccionista y algo obsesiva; la flaquita con marcas en los brazos. Poetas, músicos, bailarines, estudiantes, una escultora y el artista callejero con su mochila llena



de bochas translúcidas y bolos coloridos con los que hace malabares, pañuelos y collares de carnaval carioca, maracas. Habitar esta casa es de a ratos una fiesta, un laberinto incierto de valijas, bolsas, colchones, montones de ropa, sogas y sábanas colgadas que siempre desembocan en la sorpresa de una cara distinta: atribulada, triste, extasiada, pensativa, distraída, contrariada, ensimismada, curiosa, entusiasmada, confundida, y también a veces feliz y satisfecha.

No diría que es fácil, pero ante cada tropiezo nos las rebuscamos y aunque con algún vecino, alguna vecina, no nos tenemos gran simpatía, nos sentimos parte de una gesta heroica que puede torcer el curso ingrato de la historia y ganarle al mercado en su cara y con sus propias reglas de miseria para muchos.



Eso nos decimos cerveza en mano, algún viernes de vereda. O cuando hundimos las narices en algún desayuno listos y listas para salir, pero con ganas de quedarnos. Los horarios son rigurosos y sabemos que nadie puede demorarse en la entrega de su lugar. De eso depende el descanso de los vecinos, el aseo de las vecinas, en fin, la garantía del techo.

Con las condiciones adecuadas de rotación podemos dormir todes seis horas, disponer de quince minutos para el desayuno de lunes a viernes veinticinco los fines de semana y media hora al momento de la cena. En este caso podemos usar algunos minutos menos para la última comida del día y comenzar a tomar alguna posición de reposo que sirva de transición al tradicional formato horizontal o decúbito lateral. Con mucho esfuerzo logramos acomodar los horarios



de forma tal que una vez cada mes y medio todos y todas disponemos de treinta y seis minutos en fin de semana para usar el sillón y la tele o el balcón, siendo las mismas opciones excluyentes.

Pasaron muchas cosas en estos meses. Vimos parir y nacer a tres bebés fuertes y saludables, y despedimos a una viejita maravillosa que, religiosamente -es decir con la fe en la dimensión sagrada de la lucha colectiva-, cada miércoles se iba a la manifestación de jubilades a Congreso. Ya se había convertido un poco en abuela de todes, de algún modo siempre estaba su presencia en cada rincón del departamento. No ofrecimos su espacio durante algunas semanas. Dejamos que su ausencia corriera como brisa por cada habitación, como el humo denso, quedo y pausado del palo santo, que encendía cada tanto



la flaca que vendía sahumerios en la feria, la piba amable y mística que también a veces se sentaba en el umbral del edificio con sus cartas mientras fumaba y conversaba con los arcanos, a ver qué tenían para decir aquellos que hacían pie en las estrellas donde todavía la propiedad privada no había privado a nadie de nada y la ambición y la avaricia no habían hecho sus estragos.

Nos cruzamos en una discusión, con las limitaciones lógicas para una confluencia tan nutrida, sobre el destino que daríamos al espacio vacante dejado por Gloria. Hubo quien propuso traer un limonero como homenaje y celebración de su vida, quienes también en esa línea argumentaron que si de homenajes se trataba podíamos usar una foto y repartir el espacio restante en partes iguales para los residentes. Finalmente se acordó por



mayoría que la mejor forma de celebrar la memoria de la querida vieja era habilitar el espacio para que alguien más pudiera acceder a un techo, con tanta necesidad déjense de joder, casi parecía que podíamos escucharla. Colgamos en el balcón un alimentador de colibríes, por si acaso su alma nos diera la sorpresa de pasar a saludar. Al nuevo inquilino que ocupó el lugar le abrió la puerta la señora Nely. Estaba cagado de frío y roñoso, después de dos semanas durmiendo en la calle. Era ayudante de verdulería, había llegado hacía unas pocas semanas a la Argentina y no tenía ni la más remota posibilidad de cumplir los requisitos que los propietarios de vivienda, cuarto o choza ociosa ponían para alquilar, y acceder por un rato al sueño ya imposible e inalcanzable de la casa propia.



En esos días tuvimos varios festejos de cumpleaños. Habíamos acordado celebrar mensualmente y a la canasta. Siempre había algún pedido especial que intentábamos cumplir. El guiso de lentejas de Mario, el estofado de Rita, las salchichitas de Vera, los panqueques de Lis. Del ferné se encargaba cualquiera y nunca había quejas.

No sabemos quién puso en alerta al dueño, pero cayó un día y preguntó por mí. La vecindad tuvo que buscar la grilla para responder. ¿Habría sido la vecina del frente, que se quejaba de los pibes que los miércoles escuchaban fútbol afuera? ¿O el pibe que había venido a decir que cuidáramos las criaturas que jugaban en la vereda, porque él entraba y salía con el auto varias veces al día y podía haber un accidente? Cruz diablo, dije, como decía mi abuela. El chipacero dijo



que le pareció ver a una mujer sacando fotos con el celular, no la tenía vista del barrio. También pensé que podía ser el mismo murmullo de la casa, un alboroto bajo pero constante que resonaba en los ladrillos y en el suelo. Con tanto habitante adentro charlando, tosiedo, respirando, durmiendo, meditando, la casa, las paredes, ronroneaban como ruido de heladera o de gato.

Uno de los propietarios preguntó por mí. Qué te crees que estás haciendo me dijo. Le dije que no entendía de qué me hablaba. Quién es toda esta gente, preguntó. Familia, expliqué, están de paso.

Los propietarios le pidieron al de la inmobiliaria que hiciera los cálculos de los doscientos setenta y cuatro juicios de desalojo, tal era la cantidad de inquilinos adultos y adultas por entonces. De nada servía desalojarme a mí



sola, aunque fuera quien firmó el contrato. Era un montón de plata.

Nosotros también nos asesoramos. Uno de la Defensoría me preguntó si podía bancarme que me trataran de insana o que pusieran en duda mi capacidad, porque a quién se le ocurre meter doscientas cincuenta personas en un departamento. Claro que puedo, dije. Lo que no podía era pagar el alquiler.





## Ana Cadabra



*Nací en la época del terror y del coraje. De las madres que empezaban a andar a contramano del reloj para detener el tiempo del horror y traer las horas del reencuentro. Desde entonces vivo. Soy mujer, mamá de tres pájaras, compañera de un infinito. Conurbana, despedida por decreto, inquilina sin ley, orgullosa y agradecida trabajadora de la educación pública. Respiro abrazada al proyecto **SeyAn** que comparte música y poesía hace más de diez años. En la alegre rebeldía y la digna rabia, escribo.*

**Homo Inquilinus  
Eclecticus: una especie  
urbana en constante  
desplazamiento**

*Informe Etnográfico  
Interplanetario N° 7531 elaborado  
por la Entidad de Análisis de  
Planetas Precarios (EAPP)*



## *Introducción: Sobre el Homo Eclecticus*

En lo profundo del planeta Tierra, camuflado en el entramado urbano de la Ciudad de Buenos Aires y sus alrededores bonaerenses, sobrevive una criatura astuta y escurridiza poco estudiada por la ciencia: el *Homo Inquilinus Eclecticus* (en adelante *Homo Eclecticus*). Los factores ambientales y sociales han llevado a este ser inquieto y en estado permanente de alerta, a desarrollar estrategias sorprendentes de adaptación en el hostil ecosistema del mercado inmobiliario argentino.

Si bien este espécimen no es de origen nómada, se encuentra forzado al desplazamiento constante por las adversidades de su entorno. El *Homo*



*Eclecticus* no construye su nido, no lo hereda ni lo compra. Lo alquila, eternamente. Y transita este ciclo entre la resignación, la resistencia, la creatividad y la locura.

Dado que su hábitat es cambiante, lo podemos observar en soledad o en comunidad, juntándose con amigos, familiares o cualquier otro ser que pueda colaborar con la búsqueda última de supervivencia.

Los encontraremos apilados en departamentos contruidos con paredes de cartón o monoambientes integrados con la cocina. Cocina que puede dialogar íntimamente con el baño, o con el pasillo común y hasta tal vez con el ascensor. También podemos hallarlo en construcciones del 1900, recicladas en 2006 y arruinadas nuevamente en 2019. El *Homo*



*Eclecticus* no elige dónde establecerse, lo acepta. O más bien lo tolera.

## *Cómo identificar al Homo Inquilinus Eclecticus*

Al *Homo Eclecticus* podemos distinguirlo por su andar errático y su desarrollado lenguaje, que incluye frases como “me aumentaron un 70%”, “se me vence el contrato” y “no sé si me van a renovar”. Estos seres han aprendido, en su camino evolutivo, a vivir con lo mínimo y a acumular objetos que nada tienen que ver entre sí. Se rodean de elementos con los orígenes más insólitos: un sillón de la amiga que se mudó al exterior, un mueble que los progenitores ya no usaban, una silla rescatada de la basura y



que oficiará de mesa de luz, una estantería de dudosa resistencia, un lavarropas restaurado mediante tutoriales de internet.

El objeto máspreciado no es el microondas o la heladera, sino un tupper con su correspondiente tapa, un pequeño símbolo de estabilidad en un ecosistema por demás inestable. El *Homo Eclecticus* también se especializa en adoptar cajas como mobiliario, evitando desarmar lo que en breve deberá ser embalado nuevamente. A esta estética se la conoce como *eclecticismo funcional surrealista*, de ahí la denominación científica de dichas criaturas.



## *Subsistencia y sociabilización bajo cláusula inmobiliaria*

A diferencia de otras especies del planeta que se encuentran actualmente en peligro de extinción, el *Homo Eclecticus* está en constante crecimiento exponencial. Sin embargo, el apareamiento entre individuos de esta especie es complejo y muchas veces inviable. Si bien existen vínculos sexo afectivos, el contrato suele estar a nombre de uno de los dos. Separarse, en este contexto, no es solo una crisis sentimental, es una catástrofe logística.

Tampoco posee libertad reproductiva plena, ya que las condiciones impuestas en los contratos de alquiler inhiben todo tipo de vínculo afectivo



preexistente: no niños, no mascotas, no invitados, no vida. También se restringe el acceso al ocio y esparcimiento: no música, no hablar fuerte, no parrillas, no regar plantas, no caminar pasadas las 22 hs. Así rezan algunos de los silenciosos pero ensordecedores mantras inmobiliarios. Esta presión ambiental fue generando en las últimas décadas mutaciones adaptativas: parejas que no tienen hijos por la falta de espacio y de recursos, adultos que dicen adiós a su perro de la infancia porque no es aceptado en el nuevo departamento, individuos que dejan de consumir pescado porque el olor molesta a los vecinos.



## *Ritual Migratorio Periódico*

Nuestras investigaciones concluyeron en que, si bien estos seres sostienen diversos rituales, el más importante es sin dudas el que se inicia cada 24 o en el mejor de los casos 36 meses, donde el *Homo Eclecticus* comienza nuevamente su migración.

No se trata únicamente de un cambio de guarida, sino de un duelo reiterado, un desapego forzado. Inicia con una conversación recurrente, con los cohabitantes o con su propia mente: ya se está por vencer el contrato.

Mudarse es un ritual que implica enfrentarse con su pasado y presente material y afectivo. Hemos identificado cuatro etapas en esta transición:



1. Negación: “hay tiempo, seguro podemos llegar a un acuerdo y me renuevan, soy un inquilino impecable”;
2. Ira: “mirá lo que me quieren cobrar por esta pocilga, que se lo metan en el culo” ;
3. Desesperación: “¿Y si no consigo nada y me tengo que volver con mis viejos?”; 4) Aceptación: “Bueno, a ver quién tiene cajas para prestarme.”

En la siguiente etapa, el *Homo Eclecticus* toma la iniciativa del cántico negociador con el dueño o dueña de la vivienda: “Hola Mengano, ¿cómo estás? Te molesto porque en pocos meses se vence el contrato y quisiera charlar acerca de las opciones”. En la espera de la respuesta, comienzan los primeros pasos de una larga danza de desplazamiento que, si bien puede haberse modificado en la



técnica, deriva de tradiciones ancestrales: la búsqueda de alquileres en el mismo barrio, en barrios vecinos, en barrios alejados, en ciudades cercanas, en provincias no tan cercanas, la fantasía de traslado al extranjero y nuevamente comienza el ciclo.

Una vez que entra en este estado, la vida del *Homo Eclecticus* se mide en cajas y es atravesada por preguntas del tipo “¿Esta mesa pasará por la puerta de la casa nueva?”, “¿Tengo que dejarles pintado el departamento a estos hijos de puta?” “¿Me devolverán el depósito, ya que la membrana del techo la arreglé yo al final?”.

Recorre portales inmobiliarios como oráculos, esperando una verdad revelada. El proceso de búsqueda es un inevitable pasaje por distintas opciones de disminución de calidad de vida:



reducción de ambientes, de metros cuadrados, de luz solar; cambiar la terracita por una ventana a un pasillo interno. Fantasea con un patio, termina con un balcón francés. Las características máspreciadas en la cultura habitacional del *Homo Eclecticus* serán el acceso a transporte público, un supermercado chino y un kiosco abierto las 24 hs.

Cada rito de migración lleva consigo una fe eterna: “Esta vez sí me armo el departamento como a mí me guste”. Entonces compra una planta, imagina un cuadro, planea una biblioteca. Se ha comprobado que semanas, meses y hasta años más tarde, el *Homo Eclecticus* puede seguir comiendo en una caja sentado en el suelo sobre un almohadón que dejó el inquilino anterior.

Una regla vital para la supervivencia reside en el conocimiento popular



de estos seres: todas las pertenencias deben caber en un solo flete. Lo que no entra, no existe. A pesar de su condición nómada forzada, este espécimen no viaja liviano. Se muda con libros que nunca leyó, cables que ya no se conectan a nada, vajilla variada para cenas imposibles en comedores inexistentes. Asimismo, en cada migración pierden algo elemental: la sartén de la abuela, el martillo que les prestó el vecino anterior, el adaptador para múltiples tipos de enchufes o algún vínculo afectivo.

## *Los tributos del Homo Inquilingus Eclecticus*

En el reino de las aves, los machos deben ganarse el favor de la hembra



construyendo un nido que impresione, un gesto de compromiso que demuestre seguridad, habilidad y vocación de permanencia. En el reino de los propietarios, el *Homo Eclecticus* también debe demostrarsudignidadlocativamediante ofrendas que los hagan merecedores de la vivienda deseada. Algunos de estas dádivas pueden ser:

- Una criatura mitológica: Garante propietario, idealmente en CABA, o Garante con recibo de sueldo.
- Demostración de una leyenda urbana: salarios estables, en blanco, donde el monto del alquiler no supere el 30% de los ingresos.
- Sometimiento con autoflagelación: adelanto de tres meses, depósito que jamás será devuelto, comisiones y honorarios legales incomprobables, aceptación de condiciones infrachumanas.



## *Conclusiones Finales: Genealogía de lo provisorio*

Luego de un extenso período de observación participante, entrevistas encubiertas, análisis de basura doméstica y revisión sistemática de contratos irregulares, el presente informe concluye que para estos especímenes el destino no se elige, se hereda.

Así como el *Homo Propietarius Garcus*<sup>1</sup> hereda su condición privilegiada y alto nivel en la cadena alimenticia urbana, el *Homo Eclecticus* suele descender de una estirpe inquilinaria. En los casos en que sea el primero de su tipo,

- 1 Nos explayaremos sobre este tipo particular de Homo Propietarius en el siguiente informe, ya que detectamos diversos recorridos evolutivos en este espécimen.



puede convertirse en el eslabón inicial de una cadena de condena habitacional.

Viene de linajes enteros de mudadores seriales, como consecuencia de la mala suerte o de las malas decisiones de sus antepasados. Padres endeudados de por vida, madres que hicieron equilibrios imposibles con garantes ficticios, abuelas que resistieron en casas con baños compartidos.

A diferencia de lo que creíamos al iniciar este estudio, el *Homo Eclecticus* no es un accidente de la evolución, es una identidad maldita, una forma de pertenencia sin propiedad. Y aunque el *Homo Eclecticus* ha desarrollado habilidades avanzadas en supervivencia urbana, su estabilidad emocional, económica y espacial pende de un hilo en un constante modo de alerta silenciosa.



Este espécimen vive atrapado entre lo propio y lo ajeno, suspendido en una nueva forma de dimensión desconocida, en el limbo del alquiler. Allí, sobrevive sin certezas: no se apropia del todo del espacio que habita, pero tampoco lo ignora.

Arregla lo mínimo para no invertir demasiado, pero le pone amor para no enloquecer. Pinta una pared, pero con un color feo para no encariñarse. Cuelga una cortina, pero no le hace dobladillo. Compra un cuadro, que apoya sobre un mueble, pero nunca lo cuelga. Siempre con miedo a que cualquiera de estas demostraciones de interés en el espacio despierte la alerta del *Homo Propietarius Garcus*.

En este ecosistema hostil, el *Homo Eclecticus* posee una flexibilidad y capacidad de adaptación destacable. Resiste



a la inestabilidad de forma inmediata, pero lo destruye lentamente llevándolo a la locura, generando daños irreversibles en su psiquis consecuencia de la imposibilidad de planificar a futuro, del estrés repetitivo de la mudanza y del estado de “*alerta de vivir abajo de un puente*” constante.

Contra todo pronóstico, esta especie desarrolla una forma frágil pero tenaz de esperanza para sobrevivir el día a día: se convence de que mudarse significa renovación, que habitar lo ajeno también puede ser una forma de vida. Su existencia es una escenografía provisoria sostenida con hilos. Aún sin respaldo, ni de cama ni económico, el *Homo Eclecticus* se las ingenia para habitar lo inhabitable. Su vivienda no es realmente suya, pero hace lo imposible por convertirla en hogar porque allí es don-



de pasa su vida. Y aunque su contrato esté por vencer una vez más, aún sueña entre cajas cerradas con la posibilidad, algún día, de tener la casa propia.





## Natalia Appel



Nació en 1984, en Buenos Aires. Es licenciada en Ciencias Sociales y una apasionada por la lectura y la escritura. Su amor por las letras la ha llevado a participar activamente en talleres literarios, donde ha perfeccionado su arte y explorado nuevas formas de expresión. En 2024 algunos de sus textos fueron reconocidos en concursos como Ser Bonaerense (Buenos Aires) donde participó con *Crónicas de una porteña en rehabilitación* y en el Concurso Latinoamericano de Cuentos “Marta Brunet” (Chile) con el cuento *Enredadera*. Ese mismo año varios de sus cuentos fueron incluidos en la antología *Desbordes* de la Editorial Patio al Sur.

# Tesis del problema estructural

—Disculpemé, señor Ordóñez, pero yo no soy plomero.

—Ya sé que no sos plomero, pibe —dijo, mientras apisonaba la colilla contra el cenicero—. Justamente por eso te mando. Si lo fueras no te mandaría, porque me arrancarías la cabeza como cualquier plomero. Así que andá hasta lo del viejo Cetrángolo y fijate qué se puede hacer. Cualquier cosa, llamame.

Trabajar en Ordóñez Propiedades no era lo mejor que me había pasado. Pero el mercado laboral estaba complicado, yo era un simple perito mercantil y el señor Ordóñez, a pesar de su carácter, era llevadero si uno sabía tratarlo. La información con la que contaba era que, entre el viejo Cetrángolo y el señor Ordóñez, se había planteado una discusión acerca de a quién correspondía hacerse cargo de una obstrucción cloacal.



El señor Ordóñez, a mi juicio con toda razón, decía que el problema tenía que ver con el uso diario de las instalaciones, por lo que era de incumbencia del inquilino. Cetrángolo contraargumentaba, no sin lógica, que tal sería el caso si no fuera porque la obstrucción se venía produciendo reiteradamente debido a la pésima conexión de la casa a la red cloacal, lo cual convertía al fenómeno en una deficiencia estructural de la vivienda. Desde esta óptica, naturalmente, se trataba de una situación de responsabilidad inmobiliaria.

Este fue el motivo por el que el señor Ordóñez me envió al domicilio en cuestión. Fui elegido, seguramente, por ser un empleado eficiente, capaz de llevar el conflicto a buen puerto, incluso si eso implicaba arremangarme y poner manos a la obra. Por mi parte, no dudé



en aceptar la propuesta porque una intervención exitosa podría granjearme un bono mensual que palearía, al menos parcialmente, los inconvenientes provocados por el hecho de que el señor Ordóñez no me liquidaba ni viáticos ni horas extras. Me explicó, y entendí que eran tiempos duros y que había que ponerse la camiseta de la inmobiliaria.

La conversación con el viejo Cetrángolo fue áspera. Aunque era un hombre difícil de convencer, yo no cedí ni un centímetro de lo que se me había indicado. Tuve que solicitar un cuarto intermedio, sin embargo, en el momento en que me tomó por las solapas del saco y me elevó. Sus familiares intervinieron para que me soltara. Reanudadas las negociaciones, le dije que no se preocupara, que volvería a la inmobiliaria para conversar con el señor Ordóñez y



que, antes de que terminara el día, iba a tener una solución.

Dejé el lugar mientras a Cetrángolo le daban un Lotrial para tranquilizarlo porque, pobre, sufría de presión alta. Pensé, no sin culpa, que no era momento de distraerme con su salud sino de concentrarme en encontrar una solución. En eso estaba cuando desde unas enredaderas que cubrían casi completamente el tejido de la casa vecina, escuché un chistido que buscaba mi atención. Era doña Gertrudis Pombo, clienta también de la inmobiliaria, asomándose por un hueco entre las hojas que ella misma mantenía despejado para observar mejor el cotidiano transcurrir barrial. Me dijo que sabía cómo podía solucionar la cuestión. Le pregunté cómo sabía que tenía una cuestión por solucionar y reveló que ella podía escuchar todo lo que



se hablaba dentro de la casa de los Ce-  
trángolo, e incluso ver, si fuese necesa-  
rio, con sólo deslizar un ladrillo suelto  
en la pared de su cocina.

Le pregunté a doña Gertrudis si es-  
taba por ofrecerme un plomero y me dijo  
que no fuese pavote, que lo que pasaba  
en la casa de al lado no era para plomero.  
Era para algo más allá. No pude pensar  
qué era lo que podría haber más allá de  
un plomero. Quiero decir, no pude ubi-  
car a un plomero en una escala tal que  
me permitiera inferir que antes de él  
había algo y después también.

—Llamá a Zambira, haceme caso —  
dijo con una voz temblorosa y dramá-  
tica que seguramente había practicado  
muchas veces. Luego, con la rapidez de  
las lagartijas, desapareció entre las en-  
redaderas.



Zambira Xapanã Oxum era la bruja más poderosa del barrio. Todos sabíamos que su verdadero nombre era Graciela Beatriz Mastronardi, hija del tano Mastronardi, pero nadie la había vuelto a llamar así desde 1982. Resulta que, a mediados de mayo de ese año, predijo que la guerra de Malvinas estaba perdida, a pesar de lo que decían los diarios. El triste vaticinio le valió el repudio generalizado del barrio; repudio que se tornó en reconocimiento luego de que, el 14 de junio, la Argentina firmara la rendición. Reivindicada en sus capacidades oraculares, se convirtió en una figura prominente y temida a la vez. A las pocas semanas sucedió que, mientras hacía la cola en una rotisería, los ojos se le dieron vuelta y comenzó a convulsionar ante el griterío generalizado del público. Unos minutos después



recobró el conocimiento, se paró como si nada hubiese sucedido y declaró —con una voz que ya no era la suya— que acababa de experimentar una transustanciación: si bien su cuerpo seguía siendo el de Graciela, su esencia no era otra que la de la legendaria *mae* Zambira Xapanã Oxum, muerta por envenenamiento en Rio Grande do Sul a principios del siglo XIX. Inmediatamente se adelantó hacia el mostrador casi flotando en el aire, se coló impunemente ante la vista de los presentes, y procedió a pedir ciento cincuenta de paleta, ciento cincuenta del queso en promoción y una levadura.

El currículum de Zambira no constaba solamente del acierto de Malvinas. Nadie cosecha semejante reputación en base a una única predicción cumplida. Zambira hacía milagros concretos. Curaba várices, empacho, mal de ojo,



impotencia, culebrilla, adicciones, hipertensión, asma, posesiones, ciertas cardiopatías, reuma, entre otros. En situaciones muy particulares, además, materializaba objetos. Un día, doña Delia fue a buscarla desesperada porque su hijo había caído preso por causa injusta —aunque eso todavía está en discusión— y necesitaba algo de plata para poder sacarlo. No era mucho, porque en un barrio como el nuestro el monto necesario como para sobornar a un comisario es moderado.

—No hace falta que me expliques nada —le dijo Zambira dos segundos antes de caer en trance. Juntó las palmas como quien reza y cuando las abrió había corporizado un Telekino. Doña Delia acertó trece números. Como el premio era menor, no pudo cumplir el sueño de que Soldán le entregara el



cheque gigante en canal 9, pero lo que cobró le alcanzó para costear la liberación de su hijo.

Luego de meditarlo por unos minutos, decidí convocar a Zambira para la destapación. En un primer momento me preguntó si le había visto cara de plomera. Le tuve que explicar, naturalmente, que había sido doña Gertrudis Pombo quien me había aconsejado acudir a ella. Pocos sabían que Zambira había sido amamantada por doña Gertrudis —que tenía un hijo de su edad— en épocas en que su propia madre, tras parirla, parecía haberse secado. Quizá esos recuerdos, el espíritu de lucro o el afán de reconocimiento, llevaron a Zambira a tomar el caso.

Según el expediente, el viejo Cetrángolo ya había probado con todo: sopapas de diversos tamaños, bicarbonato con



vinagre, ácido. Incluso él mismo, llegada la ocasión, se arremangó e introdujo el brazo completo en el inodoro casi a tope de un líquido espeso que nos ahorraremos de describir en olor y en color. El resultado fue nulo. En ese momento, decidió recurrir a un plomero amigo que, ante semejante escenario, fue contundente: había que picar el piso y exponer el caño para encontrar la obstrucción y removerla o, en su defecto, aplicar un bypass favaloriano. Ante la posibilidad de tener que levantar todo el piso, decidió llamar a Ordóñez Propiedades.

El señor Ordóñez, que en un primer momento parecía haber sido persuadido de que la cuestión era estructural, se comunicó con el Suboficial Mayor (retirado) Osvaldo Giantorno, dueño de la propiedad. El policía le explicó al señor Ordóñez que el horno no estaba



para bollos —todos en la inmobiliaria sabíamos que nuevamente prosperaba la causa que hacía años tenía por apremios ilegales— y que, cito textualmente, “antes de romper la cerámica nueva, te juro que soy capaz de poner una bomba en ese baño y que se vaya todo a la puta que lo parió”.

El Suboficial Giantorno era muy propenso a la mala palabra. Su voz grave, lastimada por tantos años de cigarrillo, hacía que los insultos y las amenazas sonaran especialmente convincentes cuando se deslizaban por debajo de sus bigotes. El señor Ordóñez decía que no convenía contradecirlo, porque no era el tipo de gente con el que uno quisiera tener conflictos. Tal es así, que es la única persona a la que se le aceptó incluir algunas cláusulas especiales en su contrato de locación, como la que



prohíbe cualquier tipo de excavación de más de setenta centímetros de profundidad en el patio de su propiedad, a no ser que fuera bajo su estricta supervisión. Esa conversación con el Suboficial, llevó a que el señor Ordóñez abandonara automáticamente la tesis del problema estructural y me enviara a mí a hacerme cargo de la situación.

Cuando Zambira llegó a lo de los Cetrángolo, les pidió a todos que hicieran silencio. Entró al baño y se encerró. Encendió un palo santo y empezó a rezar en un idioma extraño, que algunos identificaron con el arameo y otros con el guaraní.

—El don de lengua es propio de los mártires, de los santos y de aquellos que portan las llagas de Cristo —dijo Palmira, madre del viejo Cetrángolo, que



tendría en esos momentos unos ciento doce años.

De pronto se abrió la puerta y Zambara salió descalza. No volaba ni una mosca. Caminaba como si se desplazara sobre una cuerda floja, en puntitas de pie sobre una misma línea y con los brazos estirados. Después, nos dimos cuenta de que iba pisando exactamente sobre el trazado de la cañería subterránea. En un momento, a mitad del comedor más o menos, se detuvo. Se arrodilló, besó el suelo y apoyó el índice en el exacto punto donde había besado. Levantó la mirada hacia al Cielo con los ojos en blanco y sentenció:

—Acá está el bolo. Tráiganme sal y agua bendita.

Doña Palmira indicó que sal había en el aparador y agua bendita en su mesita de luz, en una botella con forma de



Virgen de San Nicolás que estaba al lado de la foto del abuelo. Rápidamente, le llevaron los ingredientes a Zambira. Ella volcó un poquito de sal en la cuenca de su mano, echó un chorrito de agua bendita y luego escupió. Formó una pasta blanca, con la que trazó una cruz en el suelo y dijo sólo tres palabras que todos escucharon pero que nadie recuerda. De pronto, desde las entrañas de la cañería se oyó un rugido que primero derivó en una especie de grito de mujer —o de muchas mujeres— y luego en un sonido similar al de las tripas con hambre. El inodoro se empezó a vaciar, ante el alegre asombro de la familia y de los vecinos que habían asistido en calidad de curiosos, primero, y de devotos de Zambira después. El universo había recobrado su fluidez. Todos aplaudieron



de pie, rodeados de una nube con olor a cloaca y palo santo.

Zambira saludó uno por uno a los integrantes de la familia. Todos la abrazaban y le acariciaban la mantilla que la cubría casi como si estuvieran frente a una santa. La acompañé hasta la vereda y le pregunté qué le debía. Me dijo que el trabajo iba a costar caro porque había mucha oscuridad debajo de esa casa.

—Tal vez el precio es una vida —dijo. Largué la carcajada ante su humor negro, pero ella se mantuvo seria—. Pero dejá, de algún lado me voy a cobrar. Andá tranquilo.

Así hice. Cuando le conté al señor Ordóñez la manera en que había solucionado el caso, no quitó los ojos del monitor. Cuando me quedé callado, me preguntó si se me ofrecía algo más. Me animé, cosa rara en mí, a preguntarle si



por alguna de esas casualidades existía la remota posibilidad de gestionar un bono para ese mes. Me dijo que me quedara tranquilo, que iba a ver qué se podía hacer.

Por dos motivos tal reconocimiento nunca llegó. Primero, porque según el señor Ordoñez el negocio inmobiliario no estaba pasando por un buen momento. Cosa que entendí. Segundo, porque ese mismo verano un paro cardíaco habría de fulminarlo en un hotel dos estrellas de Florianópolis.





## Walter Segovia



Nacido en Hurlingham, Buenos Aires en 1983. Profesor de Historia en escuelas públicas del mismo distrito. Inquilino desde 2011. Aficionado a la escritura.



**En el último piso  
estarás mejor**

*Dejo que la mudanza  
se disuelva como una fiebre.*

Fabio Morábito



Lucía sube las escaleras hasta el sexto piso, se detiene agitada frente a la puerta de su casa. Escucha que suena el teléfono de línea. Se apura a abrir, pero mete la llave equivocada, intenta sacarla y se le traba en la cerradura. Forcejea y el cascabel que tiene en el llavero resuena en el pasillo: no le importa. Está cansada de que los vecinos se quejen del ruido de su llavero en vez de reclamar por lo importante: hace más de un año que el ascensor se queda trabado entre pisos cada dos por tres y nadie hace nada por solucionarlo. Así y todo, a Lucía le resulta curioso no cruzarse nunca con gente en las escaleras, pareciera ser la única del edificio que las usa. Logra destrabar la llave y abre la puerta, va directo a atender el teléfono. Es una llamada de la inmobiliaria, la secretaria le avisa que a partir del



mes siguiente el alquiler se triplicará. A Lucía se le hace un nudo en el pecho: falta sólo una semana para que empiece marzo. Del otro lado de la línea, la secretaria sigue hablando. Lucía quisiera que la mujer se callara un poco, que la dejara pensar. ¿Pagar el triple o mudarse? Descarta la primera opción: con sus ingresos no le alcanza. Le preocupa la segunda: ¿cómo encarar una mudanza, sola y en tan poco tiempo? Y sobre todo ¿a dónde? Le empieza a hacer ruidos la panza, suda y la piel de la cara se le humedece, se le llenan los ojos de lágrimas. Necesita aire, se acerca a la ventana, pero el cable del teléfono fijo no le permite llegar a la manija. La secretaria le pregunta si renovará el contrato con ese nuevo precio, pero Lucía no responde: no le sale la voz. Le da una arcada y cuelga. Va a abrir la ventana, el



aire que corre es poco y nada. Se asoma. ¿Qué va a hacer? Retrocede unos pasos hasta sentarse de nuevo en la silla junto al teléfono, que vuelve a sonar.

Piensa en no atender, pero su mano levanta el tubo de forma automática. Es la secretaria de la inmobiliaria otra vez. Le dice que se quedó preocupada y quiere ayudarla, que ella es una excelente inquilina. A Lucía la toma por sorpresa que diga eso: cada vez que llamó a la inmobiliaria para reclamar por el ascensor, la misma secretaria le respondió con evasivas como si quisiera sacársela de encima. Desconfía. La secretaria, con tono entusiasta, le dice que hoy es su día de suerte: hay una posibilidad de que no sufra el aumento, aunque tiene que estar dispuesta a adaptarse un poco. ¿Sabe Lucía cuántos milímetros anuales llueve en la zona? Después



de tirarle la pregunta, hace una pausa. Lucía piensa en los frecuentes cortes de agua, en lo seca que tiene piel desde que se mudó a esta región, en que ni siquiera tiene un paraguas por las dudas. Pero no encuentra relación entre la lluvia y el alquiler. La secretaria retoma el hilo: dice que caen unos pocos milímetros de agua al año, que tienen el honor de vivir en una de las ciudades más secas del mundo y que ya es hora de sacar provecho de eso. Lucía se vuelve a poner de pie y camina hacia la ventana, pero otra vez el cable del teléfono la frena antes de llegar, como si tuviera un grillete atado al tobillo. La secretaria sigue hablando. Dice que en el mismo edificio, en el último piso, hay un monoambiente parecido al suyo, aunque con un balcón grande. A partir de ahí, la voz del otro lado del teléfono cambia de tono, se vuelve



más íntima. Dice que la dueña de ese monoambiente, que de casualidad también es la dueña del departamento donde vive Lucía, lo usa como un estudio. Se pasa las tardes trabajando ahí, pero ni siquiera sale al balcón. Tanto espacio sin usar es un verdadero desperdicio. Además, ¿qué necesidad hay de tener techo en una ciudad donde casi nunca llueve y no hace frío? Lucía no se imagina hacia dónde va el razonamiento de la secretaria y eso empieza a impacientarla. La secretaria le cuenta que la idea de hospedar a Lucía fue de la dueña quien, además, se encargará de poner un toldo para protegerla del sol. Ya está todo arreglado. Lucía puede instalarse en el balcón y vivir en un espacio apenas menor al de su departamento actual, pagando lo mismo y con una mejor vista. Y ahorrándose los costos del camión de



mudanza. Además, la dueña, que por supuesto seguirá trabajando ahí durante las tardes, es doctora y Lucía tendrá el plus de disponer de una médica particular en su propia casa. Esto a Lucía le interesa, desde que vive sola y alquila no puede afrontar el gasto de un seguro médico. Quiere saber cuál es la especialidad de la doctora, pero la secretaria parece ofenderse y endurece el tono de voz. Dice que esa pregunta está fuera de lugar y que ella, por una cuestión profesional y ética, tiene que mantener la privacidad de sus clientes.

Lucía le dice que lo va a pensar, pero que mudarse al último piso sin que el ascensor funcione bien, no le conviene: no quiere volver a quedar atrapada entre dos pisos, y no es lo mismo subir por las escaleras hasta el sexto, como hace ahora, que hasta el piso veinte.



La secretaria le dice que debería estar agradecida por semejante oportunidad, que no se está dando cuenta de lo afortunada que es. Que Dios le da pan al que no tiene dientes. Luego agrega algo sobre la doctora que Lucía no llega a entender y cuelga antes de que ella pueda responder nada.

Al día siguiente recibe un nuevo llamado de la secretaria. Se la escucha entusiasmada. Le dice que la doctora, una mujer muy activa, ya instaló un toldo en el balcón que puede extenderse o replegarse según Lucía quiera. Es, asegura la secretaria, tan práctico y emocionante como tener un convertible. Lucía quiere saber cómo funcionaría el tema del uso del baño y la cocina. La secretaria le dice que la doctora está dispuesta a compartírselos con ella.



Que deje de dar vueltas y que suba ya: la está esperando.

Lucía sale de su casa con las llaves en la mano. Le parece raro que todo se haya organizado de un día para otro. Además, ella nunca dijo que sí. Sin embargo, ¿qué otra opción tiene? Irse se tiene que ir. En el fondo, le conviene tener esta solución tan a mano, sólo unos pisos más arriba. El cascabel del llavero va sonando mientras sube las escaleras.

Llega al último piso, respira profundo y va recuperando el aliento. Hay cuatro puertas, más la automática del ascensor. No tiene ni idea de cuál es. Una de las puertas se abre, aparece una mujer delgada y lacia, un poco más alta que ella, tal vez de la edad de su madre.



—Así que vos sos Lucía Terranova —dice pasándose una mano por el pelo entrecano y prolijo.

—¿Y usted es...?

—Hansen. Doctora Hansen. Podés tutearme —dice y se ríe—. Pasá y sentite como en tu casa.

Lucía no se mueve de donde está. La risa de la doctora le recuerda la risa de las hienas. ¿Por qué esa mujer que ni siquiera conoce le está ofreciendo vivir en su balcón? —¿Subiste desde el sexto por la escalera y ahora que llegaste te quedás inmóvil? Decime, ¿qué te lleva a ir y venir por las escaleras cuando el ascensor funciona lo más bien?

—El ascensor... —Lucía mira hacia la puerta automática cerrada, la señala como si la acusara—. Desde que vivo acá, nunca ha funcionado bien.



La doctora Hansen revolea la mirada y resopla.

—¿Vas a insistir con eso? ¿Vas a decir, también, que una vez te quedaste atrapada entre dos pisos y te tuvieron que rescatar? Nadie se cree esa historia, Lucía. Además, te aviso que el encargado no quiere seguir recibiendo tus quejas al respecto. —La doctora sale del departamento, se le acerca y la agarra del brazo—. El encargado ya se hartó de tus reclamos por el ascensor, y los de la inmobiliaria también.

Lucía se suelta y da un paso atrás, ¿quién se cree que es esa mujer para agarrarla así? Pero el malestar en la panza del día anterior le vuelve de golpe y se marea, quisiera sentarse o al menos apoyarse contra la pared.

—Están siendo todos muy pacientes con vos —sigue hablando la doctora—.



Dale, terminemos con esto. Apretemos juntas el botón y vas a ver cómo funciona lo más bien. —Yo no voy a subirme a ningún ascensor —dice Lucía decidida a irse. Le da la espalda y baja el primer escalón, pero se le revuelve el estómago y le viene una arcada. Le da la impresión de que podría desmayarse e irse de cara al suelo, escalera abajo. La doctora la sujeta del mismo brazo que antes, esta vez con más fuerza. Lucía siente un pinchazo cerca del otro hombro y un cosquilleo frío que se le expande por la zona. ¿Es posible que esa mujer la haya pinchado? No, Lucía se dice que está exagerando, ha de ser un calambre o tal vez una nueva incomodidad física como las que le aparecen cada vez que se estresa. Una oleada interna la recorre: se le aflojan el cuello, la espalda y las piernas, en ese orden. Mirar hacia el hueco



de la escalera le da vértigo, pero la doctora la sigue sujetando con firmeza y la ayuda a subir el escalón que ella había bajado. Lucía se deja conducir hacia el departamento, como si fuera una presa atontada por algún veneno. —No es para tanto, Lucía... —dice la mujer mientras la lleva—. Yo te voy a ayudar a que *eso* se te pase. Conmigo vas a estar bien.

Dentro del departamento parece ser de noche. Una cortina gruesa cubre la pared del fondo hasta el piso y sólo hay un velador encendido en una mesa de luz. Aunque a Lucía no le gusta la oscuridad, esta vez no le molesta. Al contrario: le da la sensación de que es un buen lugar para descansar. La doctora Hansen la guía hasta un diván y la ayuda a sentarse.

—¿Y el balcón...?



—Está del otro lado de la cortina—dice la doctora mientras acomoda un par de almohadones—. Pero podés dormir en el diván, si querés. No hace falta que salgas al balcón.

Lucía se queda con la frase “del otro lado de la cortina” dando vueltas, como si la doctora hubiera dicho “del otro lado de la luna” o “de la montaña”. Le dan muchas ganas de caminar, recorrer valles y atravesar campos floridos. ¿Cuánto hace que no está en un lugar donde haya flores y césped? Lo extraña, extraña la humedad del mundo. Donde vive ahora todo es seco y áspero. No sabe de dónde le brota ese impulso por caminar, aunque es inútil ya que está por completo sin fuerzas. A pesar de la oscuridad le parece ver flores traslúcidas en el aire. Enfoca la mirada en los pétalos, tienen gotitas de rocío que



brillan. Es maravilloso verlas con tanto detalle como si sus ojos se hubieran transformado en dos lupas. Quiere tocar las flores o pasarles la lengua a los pétalos para beber el rocío, pero le gana el cansancio. Tal vez esté afiebrada. Parpadea algunas veces y las flores se disuelven como si nunca hubieran estado ahí. ¿Desde cuándo ve flores en el aire? Siente un movimiento en los pies y se los mira como si no le pertenecieran: la doctora Hansen la está descalzando, luego le sube las piernas extendidas al diván y la inclina hasta recostarla sobre dos almohadones superpuestos. Ni su mamá la trata con tanto cuidado.

—Pero yo tengo una cama. —Se escucha decir a sí misma con una voz pastosa—. Una cama con sábanas blancas.

—Lo sé, mirá hacia la puerta.



Lucía obedece y ve dos hombres en overol que entran cargando su cama hecha, iluminados desde el techo como si fuera un escenario con una luz focalizada. Parecen contentos, atraviesan el monoambiente y marcan el ritmo con los pasos levantando las rodillas de forma excesiva. Los hombres llegan hasta la cortina y desaparecen por detrás, con la cama.

Enseguida entra otro hombre vestido igual, llevando su cajonera con ropa y haciendo el mismo paso exagerado, como si quisiera que lo vieran desde lejos. También se pierde detrás de la cortina.

—¿Y la silla junto al teléfono? —pregunta Lucía con la voz más pastosa que antes. Se sobresalta al escucharse: no reconoce su propia voz.



—Tenés que ser paciente —dice la doctora Hansen y le da una palmadita en la cabeza—. Sé paciente.

La doctora señala hacia la puerta del monoambiente donde aparece un cuarto hombre en overol azul con la silla en los brazos. Arriba va la mesita del teléfono y, encima de todo, como la cereza de un postre, el teléfono con el cable que cuelga y se balancea. El foco de luz lo acompaña desde la entrada hasta que se oculta por detrás de la cortina.

Lucía suspira: sus cosas ya están ahí, no tendrá que ocuparse de embalarlas siquiera. Eso le saca un gran peso de encima, la idea de encarar la mudanza la agobiaba. Seguro es eso lo que la tiene afiebrada. Pero luego, le salta la alarma: ¿cómo entraron esos hombres a su casa? Mueve las manos y no escucha el



cascabel: se da cuenta de que no tiene más sus llaves.

—Me tomé la libertad —dice la doctora Hansen como si le hubiera leído la mente, mientras la tapa hasta el pecho con una manta liviana— de pedirles a los muchachos del quinto que trajeran todas tus cosas, así no tenés que seguir subiendo y bajando las escaleras con esas llaves que suenan e incomodan a los vecinos.

Lucía se refriega las manos vacías. ¿En qué momento le sacaron las llaves? Se le cierran los ojos.

—No te duermas, ¿me escuchás? Decime, ¿por qué llevás un cascabel en el llavero?

Lucía abre los ojos pero le cuesta mantener el peso de los párpados, vuelve a refregarse las manos como si pudiera encontrar las llaves en algún



recoveco entre sus dedos. Piensa con nostalgia en el tintineo del cascabel.

—Me gusta el sonido del cascabel —dice, la voz le sigue saliendo lenta y pastosa—, me recuerda a algo...

—A los gatos les ponen cascabeles —la interrumpe en seco Hansen—. ¿Quién te puso ese cascabel?

Lucía hace un esfuerzo por recordar cómo llegó ese cascabel a su llavero. No tiene idea. Intenta desplazarse hacia atrás en su cabeza, como si yendo en sentido contrario accediera a ese momento. Pero no se topa con ningún recuerdo. Ni con ése ni con otro. ¿Se lo habrá puesto alguien sin que se diera cuenta? ¿Eso significa que ella es un gato? Es algo que no se le había ocurrido, pero no le resulta descabellado. Se asombra de no asombrarse ante semejante idea. A los gatos los estresan los



cascabeles. ¿Será por eso que ella está siempre inquieta?

Escucha ruidos que vienen del balcón, seguro esos hombres están acomodando su cama, la cajonera, la mesita con el teléfono. Los sonidos le llegan como si fueran colores saturados, recuerda las flores y las gotas de rocío y al instante las imágenes reaparecen en el aire. Con la cortina oscura de fondo las flores tienen más contraste y nitidez que antes. Le dan ganas de extenderse hasta tocar una flor, intenta incorporarse, pero la doctora Hansen la frena con una mano y ella no tiene fuerzas para insistir.

—Los gatos viven muy bien en los techos —retoma la charla la doctora—. Son los dueños de los techos de la ciudad. ¿Y dónde estamos nosotras ahora...? En el último piso: ¡en el techo! ¿Eso no te dice



algo...? Todos creemos que en el último piso estarás mejor.

La doctora Hansen le acaricia la mejilla, ¿a quiénes se referirá con “todos”? Lucía siente las yemas de esos dedos sobre los párpados, cerrándoselos. Le parece coherente: lo que más quiere en ese momento es dormir, aunque al mismo tiempo le dan muchas ganas de morderle los dedos. ¿De dónde le viene ese impulso? Es algo instintivo que no llega a ocurrir, el cansancio es tanto que el cuerpo no le responde, ni siquiera entreabre los labios. Se deja arrastrar hacia el sueño febril, gira en el diván y se ovilla en sí misma de costado, mientras la mano de la doctora Hansen le rasca la espalda y ella hace un sonido suave, como un ronroneo.





## Anahí Flores



Nació en Buenos Aires en 1977. Escribe cuentos y poemas y no come animales. Vivió unos años en Brasil, a pocas cuadras del mar, y ahora vive cerca del río en Florida, Vicente López. Se dio cuenta de que prefiere estar en barrios por donde pase el tren. Su libro *Se durmió* y otros poemas obtuvo un premio del Fondo Nacional de las Artes. Y su libro de cuentos *Criaturas* fue seleccionado para integrar el stand de Argentina en la feria del libro de Frankfurt. Da talleres literarios a distancia. Es mamá de Sofía, con quien toma mate todas las mañanas que están juntas.



**La rueda**

Entro al departamento casi en puntas de pie, con la postura corporal de quien teme recibir un golpe a traición. Tal vez sea por la muela de atrás, que me sigue doliendo como si tuviera un pucho prendido en la encía, o por el porro, que vuelta a vuelta tiempo para pagar, otro tiempo para sufrir, otro para alegrarse. Absolutamente todo sigue haciendo que me persiga como cuando estaba en el secundario, o capaz simplemente porque hoy es 13, un número que me da mala espina, aunque hoy justo haya caído en el día en que nos sacamos de encima el alquiler.

Cierro la puerta y ahí abajo, en el piso, ya aparece la primera señal de alarma: AVISO DE CORTE dicen las letras rojas que resaltan por la ventanita de celofán de la boleta. No la abro porque no tiene sentido. Mamá siempre lo dice: a todo le



llega su tiempo, y todavía no llegó el de Edenor. Un tiempo para cobrar, un en esta vida tiene su tiempo menos yo.

Guardo la boleta junto a las otras, que se amontonan como la mugre en el estante de la cocina, y me pongo a emprolijar un poco la casa: meter el contenido del canasto en el lavarropas, limpiar la mesada, después el inodoro, poner los uniformes a secar en el único rayito de sol que pega en el balcón a esta hora. Mamá hace un té para cada uno y me deja un paquete de Diversión por la mitad para que meriende, o para que cene, ya no sé. Ella sigue sin ir a trabajar por culpa de esa gripe de mierda de la que todavía no termina de salir; es el segundo mes consecutivo que la enfermedad le come el presentismo. No pasa nada, repite ella, a todo le llega su tiempo. Se hace la tranquila, pero sé que está tan



hinchada las pelotas como yo. Por algo se manda los curaplus como si fueran Tic-tacs.

Mientras como las Diversión mirando la tele, tengo la sensación de que estoy corriendo a lo pavote, sin dirección, como si estuviera metido en una de esas ruedas para hamsters. Es una sensación molesta pero conocida que no me deja concentrarme en la pantalla.

Trabajo toda la semana tratando de que las propinas no se me vayan en la birra de la salida. Son otra trampa: a la artesanal de Bandido la subieron a 3600 y mis compañeros no quieren ir al kiosquito de Cabildo y Juramento porque dicen que es una crotada, aunque vendan Brahma de litro. O tal vez dicen que es una crotada justamente porque venden Brahma de litro. O tal vez porque van los mismos crotos que a la tarde pasan por



el bar a pedir agua caliente. La verdad, ya no sé.

Termino la semana con lo suficiente para pagar Edenor; al menos dos de las boletas vencidas. Incluso me queda un restito que me liquido en el boliche; mejor dicho, en la Cream. Las luces titilan, los cuerpos se mueven al son de la música y yo, incapaz de seguir el ritmo, me estremezco como si tuviera chuchos de frío. Estoy seguro de que la muela infectada no tiene nada que ver.

Encaro a una chica que me sonríe desde la barra. Es flaca, morocha, de unos diecinueve años, con pinta de piba bien, aunque tenga un Tuiti medio tumbero tatuado en el cuello. Cuando la música termina, consigo llevármela a casa y, escondidos bajo el calor de la manta, me dice que se llama Guada, que es fotógrafa, que estudia diseño de



no sé qué y me pregunta en qué facultad estoy cursando. Yo le digo que no tengo tiempo para eso y, después de silenciar sus preguntas con mis labios, pasamos a lo nuestro. No llegué a comprar forros, pero ella dice que no pasa nada, que es infértil, que le mande tranquilo. Yo, chocho con la vida. Una vez que empezamos, tengo que decirle que baje un poco el volumen, no vaya a ser que mamá se despierte. Que esté engripada no significa que sea sorda. Mucho menos boluda.

No me queda ni para la birra y empiezo a arrepentirme de lo bailado anoche. Es un karma que se repite: tengo los bolsillos agujereados, un bichito malvado en la oreja que me dice que me la gaste toda, que para que voy a seguir invirtiendo mi tiempo en seguir en esta rueda que parece no tener fin.



Encima, después del trabajo, cuando se larga la lluvia y empieza a gotear sobre la mesa, puteo por vivir en el último piso y, sobre todo, por tener que lidiar con un dueño tan pero tan gil que no se quiere hacer cargo de los arreglos. Dice que si nosotros no cumplimos nuestra parte, él no cumple la suya. Todo porque a veces le pagamos unos días tarde. Mamá me delegó el trato con él hace un par de meses; dice se ensaña con las mujeres. En mi experiencia, diría que también con los hombres. O, tal vez, que disfruta ser un hijo de puta con todo aquel que tiene enfrente.

La vista del Botánico, que tenemos desde el octavo piso, no llega a compensar tener que armar este rompecabezas de cacerolas y platos cada vez que caen tres gotas. Tampoco lidiar con el tipo éste, que encima nos sube el alquiler



cada seis meses. Bueno, igual todo tiene su lado positivo: el barrio está lindo, tengo un transa que vive en el primer piso, la boca del subte a tres cuadras, y las paredes, mal que mal, se mantienen blancas. Aunque solo tengamos una habitación, cuando mamá se acuesta tengo todo el living para mí. Y lo bueno de la gripe es que ahora mi lapso de independencia y tranquilidad se hizo más grande.

Me acuesto en el sillón con el televisor prendido, sin que Youtube llegue a tapar el click clack de las gotas cayendo dentro de la olla. Al menos, la muela ya está mejor.

Siempre que llega el 20, empiezan a juntarse las amenazas. AVISO DE MORA, SEGUNDO VENCIMIENTO, TERCER VENCIMIENTO, INTIMACIÓN FINAL. A la luz, se le suman el gas, el agua y el



celular, y eso sin contar con que faltan menos de tres semanas para pagar el alquiler.

Me paso las tardes con una sonrisa pintada en la cara para ver si algún viejo se compadece de mí y me deja un extra de propina. Se debe notar que es falsa, porque nunca pasa del 10%. Y eso con suerte.

Pago lo urgente a la espera de que llegue fin de mes. Mamá ya empezó a trabajar, ahora contamos con sus propinas, pero tampoco son muchas, y tampoco es que su sueldo dé para tanto. Hay que ponerse las pilas: pido hacer un turno extra, sacrifico las birras de la salida y la semana se vuelve un ir del trabajo a casa y de casa al trabajo. Ni siquiera me da el tiempo de ver a Guada; me gustaría tener plata para invitarla al cine, al telo o algo así.



El nerviosismo va en subida: el 27 tropiezo, se me cae la bandeja y terminan descontándome lo roto, el 29 me doy el dedo chiquito contra el borde del sillón después de haberme gastado las propinas en Bandido, el 30 trabajo todo el día con una diarrea terrible y el primero descubro un paquetito extraño en la puerta de casa, que juraría que es un gualicho.

Se me arma otra vez la idea de que nada puede salir bien, de que la vida va a ser una prolongación del presente: un puro trabajo-pagar, trabajo-pagar. Bueno, en verdad es peor. Una prolongación implicaría que todo se va a quedar igual, cuando la realidad es que va a ir empeorando: me voy a llenar de callos de tanto cargar bandejas, las rodillas se van a ir desgastando año tras año, la paciencia



va ir en descenso y un día me voy a despertar y voy a descubrir que soy viejo. Un mozo viejo y amargado que nunca se paró a respirar ni un segundo en la vida.

Igual, la vida es extraña y el malestar desaparece como por arte de magia el día en que finalmente cobro. Los billetes físicos tienen el poder de acallar las voces de mi cabeza, aunque la verdad es que todos y cada uno están destinados a pagar algo. Son una especie de anestesia para mis problemas; aunque no curen mi mal, por lo menos disimula sus síntomas. Los pulmones se me llenan de aire y siento que, aunque sea por un momento, la rueda se detiene y puedo pensar con claridad. Ahora la cosa no se ve tan mal. Aunque la supervivencia del día a día me impida verlo,



el sueldo y las propinas me alcanzan para cubrir los gastos básicos de mi vida e, inclusive, para darme algún que otro lujo. Los mensajes que me manda Guada son uno de ellos. Las cervecitas y los porros con mis compañeros a la salida del trabajo, otros.

Cae la noche y con mamá acomodamos las facturas y las deudas sobre la mesa hasta cubrirla por completo. Parece un collage de la vida adulta. Todos los meses ella hace un presupuesto estimado de supervivencia que, además de los servicios y el alquiler, incluye una compra inicial de supermercado que después vamos remendando con las propinas. Me parece increíble la cantidad de productos que son necesarios para mantenerse con vida: lavandina, plan de celular,



Off para el dengue, papel higiénico, conexión a gas, Netflix.

Una vez hecha la suma, la cifra de seis dígitos me da vértigo. O, mejor dicho, más que vértigo, provoca que me sienta chiquito, como cuando empecé a trabajar y todos los clientes que cruzaban por la puerta del bar me intimidaban. O como esa otra vez que mamá me llevó de vacaciones al sur y tuvimos que subir una montaña altísima, con una cima que me parecía imposible de alcanzar.

Empezamos ahora con los ingresos y a medida que hacemos un recuento de la plata (o sea, su sueldo, el mío y lo que nos transfiere mi papá todos los meses), la montaña se va achicando poco a poco y al final queda al nivel del suelo. No hay ni una subida ni una bajada; es un terreno tan



chato como las tetas de mi novia de la adolescencia. Claro que no contamos el Mercado Crédito ni los intereses que nos cobran por los planes de refinanciación de los servicios, pero sólo estamos a treinta lucas de pagar el alquiler. Nada que no se resuelva haciendo un par de turnos extra. Es 10, lo que significa que vamos a terminar pagándole al dueño por la misma fecha que el mes pasado. La idea, una vez más, me asombra: la rueda está en el mismo punto que antes, mantiene un equilibrio que se mantiene a pesar de todo.

Pedimos una pizza y mamá pone un tema de Julio Sosa. Yo me quedo tirado en el sillón, alternando la vista entre ella, que se pone a bailar en medio del living, y la pantalla de mi celular, donde se suceden los reels.



Afuera sopla el viento y llego a ver la luna, que justo se asoma por la ventana, casi llena. Todo transmite una tranquilidad extrañísima, tanto que me resulta excesiva, fuera de lugar.

Terminamos la napolitana y me llega una notificación que me devuelve a mi realidad. Mejor dicho, a mi realidad exaltada.

Leo el mensaje de Guada: dice que todavía no le vino, que cree estar embarazada; después me pide perdón y me pregunta si la puedo acompañar a comprar el Evatest a la farmacia, porque le da vergüenza. Mil escenarios negros se me arman en la cabeza. Mientras la rueda gana velocidad, mi corazón se acelera, el celular me tiembla en la mano y siento que las paredes se cierran sobre mí, como si el departamento me fuera a engullir.



¿Mamá, Guada, un bebé y yo viviendo bajo un mismo techo? Está claro que el equilibrio, si algún día vuelve a aparecer, va a estar anclado en un punto más bajo. Porque todo, llegado su tiempo, tiene margen para empeorar.





**Lautaro Díaz Farrell**



Kiosquero y escritor.

A full-page background image of a clear, vibrant blue sky filled with soft, white, wispy clouds. The clouds are scattered across the frame, with a larger, more dense cloud formation on the right side. The text "Los perros" is overlaid on the right side of the image.

# Los perros

Se llama desvocalización canina, le dije, y me miró con una mezcla de incredulidad y fastidio. Insistí en mostrarle la noticia: en China es una práctica común amputarles las cuerdas vocales a los perros para que no ladren. ¿Y vos pensás que el vecino de arriba hizo eso?, me preguntó. No. No sé. No creo.

Me mudé al departamento de la calle México en junio. Planta baja al fondo, entre Avenida Rivadavia y Muñiz, ahí nomás del límite entre Almagro y Caballito. Un amigo de mi cuñado lo quería alquilar rápido y me hizo precio. Lo que más me gustaba era que la cocina tenía dos puertas: una al patio y otra al pasillo, justo al lado de la habitación. Ese detalle le daba un aire especial. Como el baño del departamento de Carrie en *Sex and the City*, me dijo una amiga. Yo no



sabía bien quién era Carrie ni por qué importaba su baño.

Al principio no pasaba mucho tiempo en el departamento. Me instalé rápido, tenía pocas cosas. Pero entre el trabajo, la facultad y las cenas con mi papá, pasaba la mayor parte del día afuera. Volvía para ducharme, comer algo y dormir. A veces ni eso, me quedaba en lo de mi papá, en el sillón del comedor. Lo veía mal (más mal que de costumbre) y me costaba dejarlo solo. Una vez le sugerí sacar las fotos de mamá del comedor y se rió. El pasado no se borra, me dijo. O algo así. Algo que sonó a eslogan de publicidad o a frase de libro de autoayuda, pero en su voz era otra cosa.

Dos meses después de mudarme me agarré una conjuntivitis fuerte. Me contagió una compañera de la facultad que no paraba de abrazarme después de un



parcial aprobado con lo justo. Tuve que aislarme en el departamento, un poco por precaución, otro poco por vergüenza: no quería que nadie me viera con esa cara.

Fue entonces, durante el comienzo del encierro, que noté por primera vez lo silencioso que era el departamento. Lo digo como si el departamento tuviera vida propia —y quizás la tiene—, pero en realidad lo silencioso era el alrededor. Nada llegaba al cuarto, al comedor, al baño ni a la cocina de doble puerta. Ni una conversación, pasos o música. Al principio me pareció curioso. Después, con el correr de los días, resultó incómodo. Inusual. Empecé a prestarle cada vez más atención a la ausencia de ruidos.

Una noche salí directamente a la calle. Necesitaba comprobar que había



gente en el edificio. Y sí, había. Todos los departamentos del frente tenían las luces encendidas. Por la ventana del de planta baja pude ver incluso una televisión prendida. Debía tener el volumen muy bajo, porque los diálogos de los actores de la película en blanco y negro que transmitía no llegaban a atravesar el vidrio.

A la mañana siguiente me desperté con una migraña fuerte y los oídos doloridos. Era el mismo malestar que me quedaba después de estar toda la noche en un boliche o en un recital. Pero mi noche había sido tranquila: después de espiar el frente, me había ido a dormir sin cenar. Unos analgésicos más tarde, la molestia desapareció.

Lo tuyo ya es insólito, me dijo mi mamá cuando le conté lo silencioso que era el edificio. Ella venía a la Capital



cada verano, para ver médicos y hacer trámites. El resto del año andaba viajando. Me dijo que daría lo que fuera por vivir en un lugar así de tranquilo. Le mencioné que no me había cruzado con ningún vecino, pero que me habían agregado al grupo de WhatsApp del edificio. Quiso saber edades, perfiles, pero todas las fotos eran paisajes. Como la suya. Desde que se separó de mi papá, me llama cada tres semanas, más o menos. Me pregunta cómo estoy, si me alcanza la plata, si vuelvo en Uber cuando salgo con amigas, si como bien. A todo le digo que sí, para no alargar.

En vez de mejorar, mi ojo derecho empeoró y me dieron dos semanas más de reposo. Reposo no era la palabra más adecuada: podía moverme y hacer varias cosas, pero en la empresa no me dejaban hacer home office por cuestiones



de ART. A la facultad tampoco podía ir. Me aburría. Empecé a cambiar muebles de lugar, a redecorar (otra palabra exagerada). En ese plan, calculé mal y se me cayó un espejo antiguo que había comprado en el mercado de pulgas. Se hizo añicos, me fue imposible sacar algunas astillas que se metieron entre los listones de madera del piso. Barrí dos veces. Ningún sonido se parece al de empujar pedazos de vidrio contra el fondo de una pala de plástico.

Ese mismo día me llegó un mensaje de Claudio, otro inquilino, al grupo del edificio. Era largo, de esos que hay que expandir. Decía que, si volvía a pasar algo como lo ocurrido antes (el exabrupto que iba a darme siete años de mala suerte), iba a tomar medidas. Que pensaron que habían entrado ladrones. Que sus perros se alteraron mucho. ¿Perros?



¿Qué perros? Desde que me mudé, no había escuchado ni un solo ladrido. Todos los vecinos —menos yo— expresaron su apoyo a Claudio. Quedé expuesta. Respondí con un mensaje corto, pidiendo disculpas. Sentí que era parte del rito: pagar derecho de piso.

Ya recuperada, invité a unas amigas a cenar.

Al día siguiente, Susana, del 3ºA, mandó un recordatorio sobre los días y horarios en que se puede recibir visitas: solo el primer día de cada mes, de 18 a 22. Quedé helada. No tuve ni tiempo de reaccionar que alguien deslizó bajo mi puerta una copia del reglamento del edificio. Salí a mirar, pero el pasillo estaba vacío. Leí todo. Cláusulas insólitas y el uso excesivo de la palabra alborotador. Llamé al dueño, amigo de mi cuñado. Me dijo que ese reglamento me lo había



mandado antes de firmar. Era verdad, ni lo abrí. Confié. Me dijo que no me preocupara, que eran límites preventivos. Volví al grupo y pedí disculpas otra vez. Me contestaron con un pulgar arriba.

El siguiente fin de semana una bolsa de basura se me rompió en el pasillo. Fui a buscar escoba y pala. Junté todo, pero también una cantidad absurda de pelos de perro. Una mañana que tuve que despegar con las manos de las cerdas de la escoba. A la noche, busqué en Google: perros que no ladran.

Nunca tuvimos perros en casa. Mi papá quería. Mi mamá no, decía que rompían cosas. Siempre asumí que todos los perros ladraban. Algunos más, otros menos. Pero la búsqueda devolvió resultados distintos: hay una raza africana que no ladra. Hay perros tímidos. Otros se quedan afónicos. Después



apareció la noticia de China. La amputación de cuerdas vocales se estaba expandiendo. ¿Y si alguno de mis vecinos lo había hecho? Me reí. Como se rió mi papá cuando le hablé de las fotos. Como se ríe alguien que sabe que piensa una pavada, pero igual quiere tener razón. Aunque sea para decir: ven, no era locura. Era lucidez.

Con los días, el grupo de Whatsapp se llenó de mensajes indirectos hacia mí. Pequeñas correcciones disfrazadas de amabilidad. Cerrar la puerta de la terraza con extrema suavidad. Recordar que está prohibido el uso del calefón después de las 23.

Mis amigos y mi familia coincidían en que los vecinos eran exagerados, pero también me decían que era una suerte vivir en un lugar tan tranquilo. Que lo envidiaban. No entendían por qué me



inquietaba. Porque es raro. ¿No es raro? A veces me encontraba no haciendo ciertas cosas para no provocar un ruido que pudiera enmascarar un sonido proveniente de un vecino. Como cuando alguien escucha algo extraño y les pide a todos que se callen. Con la particularidad de que yo siempre estaba sola. Y al final nunca oía nada.

Decidí hacer algo. Por lo menos, verle la cara a algún vecino. Toqué el timbre de Silvia, la del departamento de adelante. Nada. Golpeé. Nada. Fui subiendo piso por piso. Mismo resultado. En uno de los departamentos vi, desde el suelo, la sombra de unos pies, pero nadie abrió. Dejé a Claudio para el final. Estaba por golpear cuando la puerta se abrió. Una mujer de unos cuarenta años, pero con las manos de alguien de veinte, me miró. Tenía dos perros en brazos. Me sonrió,



esperando algo. Improvisé: dije que había perdido la llave de la terraza y necesitaba colgar una colcha. Se fue unos segundos y volvió con la llave, todo sin decir una palabra. Le pregunté si Claudio estaba. Negó con la cabeza y cerró la puerta. Bajé las escaleras pensando en cómo sería su voz. Entonces, antes de abrir la puerta de mi departamento, escuché un ladrido. Uno solo. Roto. Como si saliera de una garganta que recién aprendía a hacer ruido otra vez.





## Silvina Urrizmendi



Tiene 42 años y nació en Buenos Aires, Argentina. Estudió Diseño de Imagen y Sonido (UBA) y Guión Cinematográfico (ENERC). Publicó un texto de no ficción en la revista literaria “Las olas” y uno de sus cuentos, *El club de la memoria*, forma parte de la antología *Amigos difíciles* (Editorial NN). Actualmente trabaja como diseñadora conversacional.

# Playfair

Diseñada por Claus Eggers Sørensen

También conocido por los expertos como *El Pato Loco Atómico*, Claus es un diseñador tipográfico danés (nacido en 1973 en Kulby, Vestsjælland, Dinamarca). Obtuvo su licenciatura en diseño tipográfico en la Academia Gerrit Rietveld de Ámsterdam y su máster en diseño tipográfico en la Universidad de Reading (2009).

Creó también una familia tipográfica llamada **MARKANT** específicamente para periódicos en medios de comunicación y que se preocupa por las trampas de tinta, los cuencos abiertos, los puntos de inflexión y otras características especiales. También es compatible con los alfabetos griego y cirílico.

Fue ponente en **ATypI 2011** en Reikiavik sobre tipografía para dispositivos táctiles.

«...»

*Creé un nuevo diseño inspirándome de nuevo en los primeros bocetos de la Experimental n.º 223 de Dwiggin. En este experimento, pude utilizar el diseño de apertura muy abierta de la ‘e’. La ‘a’ exploró de nuevo los puntos de inflexión de la ‘a’ dentro de los contadores, lo que se integró perfectamente en el diseño. Finalmente, se eligieron serifas de base ligeramente redondeadas en forma de cuña.*

«...»

En 2011, Claus adaptó Playfair Display a Google Web Fonts.

«...»

*Playfair Display es un diseño de transición. Desde la Ilustración, a finales del siglo XVI-II, las plumas de ave de pluma ancha fueron sustituidas por las plumas de acero puntiagudas. Esto influyó en que las formas tipográficas se distanciaran cada vez más de las escritas. Los avances en la tecnología de impresión, la tinta y la fabricación de papel permitieron la impresión de letras de alto contraste y trazos finos. Este diseño se adapta a este período y, si bien no representa un resurgimiento de ningún diseño*



*en particular, se inspira en los diseños del impresor y diseñador tipográfico John Baskerville, la tipografía creada por William Martin para una de las famosas ediciones de la Boydell Shakespeare Gallery y los diseños de la tipografía romana escocesa que le siguieron.*

«...»

Como su nombre así lo indica, *Playfair Display* es ideal para títulos y encabezados. En 2012, le siguió *Playfair Display SC*. La mayoría de sus creaciones tipográficas son de libre descarga.

En 2014, Claus diseñó *Inknut Antiqua*, una familia tipográfica angular y libre para pantallas de baja resolución, diseñada para evocar los incunables venecianos y los manuscritos humanistas, pero con las peculiaridades e idiosincrasias de las tipografías que se encuentran en esta tradición artesanal.

Claus reside actualmente en Ámsterdam.



# Rozha One

Diseñada por la Indian Type Foundry

ITF es una fundición tipográfica digital que diseña y distribuye tipografías de alta calidad para escrituras indias y latinas.

Han diseñado tipografías para algunas de las marcas más emblemáticas del mundo, incluidas *Apple*, *Google*, *Samsung* y *Sony*.

Su biblioteca minorista ofrece tipografías para texto y exhibición, en estilos visuales que van desde lo tradicional a lo experimental.

# Quiero alquilar pero también vivir

*edición digital en PDF para móviles*

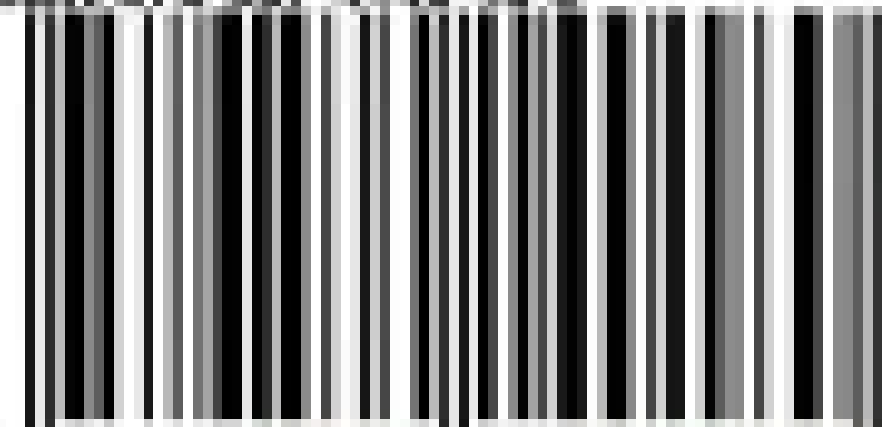
se terminó de diseñar el día 25 de septiembre de 2025 mientras sonaba A veces vuelvo de Catupecu Machu que mi hijo menor tenía ganas de escuchar porque en la escuela despidieron la bandera con ese tema. Y lo escuchamos tantas veces que siento que este libro, estar otra vez mostrando cuentos del concurso de literatura inquilina, no podría ser mejor presagio para este trabajo.

Este libro se puede compartir, no está a la venta. Puede funcionar como muestra para que, si te gusta mucho, encargues la versión en papel que tenemos disponible a través del canal de Whatsapp de la editorial.



UNO DE LOS APORTES QUE PODEMOS HACER PARA PONER DE RELIEVE ESE HÉROE COLECTIVO POTENCIAL QUE HAY EN NUESTRO SECTOR ES ESTE LIBRO: DIEZ HISTORIAS INQUILINAS QUE, DESDE ESA MAGIA DE LO PARTICULAR QUE TIENE LA LITERATURA, DIALOGAN Y DEJAN EN EVIDENCIA ESE HILO COMÚN QUE TIENEN NUESTRAS VIDAS Y NUESTROS PROBLEMAS, UN RÉCORDATORIO DE QUE ESTO NOS PASA A TODXS, QUE EL ENEMIGO ES COMÚN, Y QUE ES MÁS CONCRETO DE LO QUE PARECE: TIENE NOMBRE, APELLIDO, EMPRESAS A SU NOMBRE, Y DECIDE UNA BUENA PARTE DE NUESTRA VIDA.

ISBN 978-987-14-0180-0



9 789874 140180

**EJEMPLAR DIGITAL  
DE DESCARGA GRATUITA**